

Cuadernos de Arqueología
Universidad de Navarra 17, 2009, págs. 39-83

LA CERÁMICA DE ESTILO COGOTAS I Y LOS CICLOS CULTURALES EN LAS POSTRIMERÍAS DE LA EDAD DEL BRONCE EN NAVARRA¹.

Jesús SESMA SESMA²
Juan José BIENES CALVO³
Ande ERCE DOMÍNGUEZ⁴
José Antonio FARO CARBALLA⁵
Mikel RAMOS AGUIRRE⁶

RESUMEN: En el presente artículo se analizan los yacimientos conocidos en Navarra con cerámica decorada de estilo Cogotas I, situándolos en su contexto cronológico y cultural. Se analiza la división del territorio en dos grupos con importantes diferencias culturales.

SUMMARY: In the present article we analyze some archaeological sites with decorated pottery of Cogotas I style in Navarra, locating in their chronological and cultural context. The division of the territory in two groups with important cultural differences is analyzed.

PALABRAS CLAVE: Edad del Bronce, cerámica, Cogotas I.

KEYWORDS: Bronze Age, pottery, Cogotas I.

La cerámica, en sus más variadas vertientes (formas, decoraciones, técnicas de elaboración, contenidos, distribución, etc.), constituye uno de los elementos más relevantes para la caracterización de las comunidades, desde que hiciera su aparición en el Neolítico. Esta importancia ha sido repetidamente señalada para todos los períodos culturales, pero es especialmente significativa

¹ Este artículo constituye la versión íntegra del texto presentado en la reunión científica "Homenaje a M^a Dolores Fernández-Posse. Cogotas I: una cultura de la Edad del Bronce en la Península Ibérica", celebrada en Valladolid entre el 19 y el 22 de octubre. Por motivos relacionados con la falta de espacio en la publicación, en las actas se incluye una versión reducida del presente trabajo.

² Dirección General de Cultura. Gobierno de Navarra.

³ EIN Arqueología

⁴ Runa. Gestión del Patrimonio Histórico.

⁵ Gabinete Trama, S.L.

⁶ Navark, S.L.

cuando la documentación escrita está ausente, es decir, en la Prehistoria Reciente. Piénsese por ejemplo en las producciones cardiales para el Neolítico, la cerámica simbólica y el campaniforme en el Calcolítico-Edad del Bronce...y en un sinnúmero de otras variedades de menor trascendencia histórica y repercusión territorial, que han supuesto hitos en la investigación, cada cual a su escala. A menudo se ha empleado como fósil director; otras veces como un elemento más de las "recurrencias" a las que tan habituadas está la investigación arqueológica, en su ánimo por buscar patrones propios de las culturas. Pese a los claros excesos que muchas veces se han cometido, queda fuera de toda duda su valor como indicador cultural y cronológico. Y como es de sobra conocido, su disponibilidad en las excavaciones hace de ella un recurso de fácil acceso, allá donde otros testimonios callan (madera, tejido, etc.) o se muestran poco explícitos por su escasez o atonía (hueso, metal, piedra tallada, etc.).

La Edad del Bronce en el territorio de la actual Navarra se ha tenido por un amplio e impreciso "fondo de saco" (Sesma, J. 1995: 148). En él han hallado cabida un conjunto de manifestaciones o prácticas vagamente caracterizadas (megalitismo, ocupación de las cuevas, hábitat al aire libre en cabañas, modo de vida pastoril, etc.), que, en general, se hacían perdurar de su precedente Eneolítico-Calcolítico, razón por la cual en muchas ocasiones han resultado indisociables. Se convertía así en una realidad cultural prácticamente imperceptible, a no ser que apareciera "salpicada" por determinados fósiles directores (con el campaniforme y su *package* y las producciones metálicas como referentes obligados). Esta apreciación ha cobrado todavía más peso en los siglos finales de la Edad del Bronce, en que dichas manifestaciones tocaban a su fin, lo que convertía a este período en una especie de "edad oscura", de la que no saldría hasta la llegada de lo que en su momento se denominaron las invasiones célticas y más tarde las manifestaciones de Campos de Urnas.

La moderna investigación sobre la cerámica de este período ha pugnado primeramente por caracterizarla en sus rasgos generales y situarla en su contexto cultural, señalando aspectos tipológicos y elementos cronológicos distintivos, dentro de un horizonte calificado como Bronce Pleno, aplicando la óptica difusionista imperante en la época (Beguiristáin Gúrpide, M^a A. 1982: 126 y ss). Fue a partir de la publicación de 1983 de J. A. Hernández Vera, dando a conocer diversos hallazgos de cerámicas de estilo decorativo Cogotas I en el valle del Ebro, cuando esta zona geográfica pasó a figurar como una de las áreas de extensión de este horizonte cultural, en paralelo a lo que por aquel entonces se conocía en el resto de la Península Ibérica, especialmente en Andalucía y Levante (Hernández Vera, J.A. 1983). Señalando como fósil director la decoración de boquique, se marcaron 4 localizaciones en Navarra, todas ellas fundamentadas en hallazgos de superficie: La Mesa (Ablitas), El Bocal (Fontellas) y El Aguilar y el Llano de la Modorra (Bardenas Reales). La

presencia de estas especies cerámicas se atribuía, de acuerdo con las corrientes interpretativas del momento, a la movilidad de los grupos de pastores meseteños, que siguieron el Ebro y sus afluentes en busca de pastos para el ganado. En cuanto a la cronología, se planteó que dicha expansión pudiera preceder a la de tierras andaluzas, fechada por entonces en el s. XII a.C., y tener su fin con la presencia de los poblado de tipo Campos de Urnas. Algunos descubrimientos posteriores, de nuevo de superficie, como La Almuza de Sesma, permitieron entrever que también existían técnicas de acompañamiento (impresiones de puntos y círculos), que era preciso tener en cuenta a la hora de definir este horizonte cerámico (Castiella, A. 1986: 162-164).

Los primeros estudios de síntesis sobre la cerámica de la Prehistoria Reciente del valle del Ebro ya señalaban la amplia dispersión de la cerámica de estilo meseteño en La Rioja y Álava, su asociación con nuevas formas de recipientes y la evolución paralela a la de los focos originarios (Pérez Arrondo, C. et alii, 1987: 216 y ss). Navarra aparece representada en este contexto por un conjunto de dólmenes y cuevas, en que los lugares de habitación son minoritarios. Las colecciones, salvo los lugares de Abauntz, la Cueva del Moro de Aspurz, la Cueva de los Hombres Verdes o del Nacadero de Riezu, se muestran exiguas y en general carentes de un claro horizonte adscribible a esta fase, salvo los casos de Urbiola o Aspurz, que por otra parte se hace perdurar hasta la Edad del Hierro. Sin embargo no se recoge ninguna referencia a Navarra como punto de llegada de los influjos cogoteños, tan patentes en Álava o La Rioja.

A finales de los 80 se iniciaron trabajos de campo en varios yacimientos del valle medio del Ebro, que ofrecieron nueva luz sobre este momento del Bronce Medio-Tardío-Final, que han ido ofreciendo interesantes secuencias estratigráficas, no siempre fácilmente correlacionables. En la actualidad la mayoría de esos trabajos se encuentran publicados. Son los casos de Cueva Lóbrega (Barrios Gil, I. 2004), Tragaluz y San Bartolomé (Rodanés Vicente, J. M^a 1999) en los valles de Cameros e Iregua (La Rioja); Moncín (Harrison, R.J.; Moreno López, G. y Legge, A.J. 1994) y Majaladares (Harrison, R. J. 2007) en la comarca de Borja (Zaragoza). En Navarra, los trabajos en Monte Aguilar y las Bardenas Reales se han publicado de forma resumida (Sesma Sesma, J. y García García, M^a L. 1994).

Con base en algunos de estos trabajos, especialmente en los datos de la Muela de Borja, R.J. Harrison adelantó por primera vez una interpretación de orden antropológico, en la que planteó la existencia de un ciclo expansivo en esta zona entre el 1750-1250 (BC calibrado), coincidiendo con la implantación del estilo decorativo Cogeces. Dicho ciclo vendría señalado por el incremento de los sistemas de almacenaje de alimentos, la especialización tecnológica,

traducida en la multiplicación de las hoces en sílex, y el importante papel desempeñado por el pastoreo y la cría de caballos (Harrison, R.J. 1995: 69 y ss), todo ello siguiendo la tesis del “policultivo ganadero” repetidamente expuesta por el autor.

Gran parte de la información aportada por los yacimientos antes citados ha sido objeto de un detallado y reciente análisis, con atención al marco cultural precedente, las características del poblamiento y los rasgos fundamentales que presenta la intrusión cogoteña en la zona, todo ello en un estudio a escala peninsular (Abarquero Moras, F. J. 2005). Se atribuye a nuestro territorio el carácter de área de contacto con el núcleo primigenio y se valora la llegada de influencias meseteñas ya desde la fase inicial del grupo, así como su continuidad hasta el apogeo de Cogotas I. Para otros autores en cambio, desde la perspectiva de la producción cerámica, la zona riojana y de la ribera navarra contigua debería ser considerada dentro del área nuclear de este grupo cultural (Narvarte Sanz, N. 2001: 72).

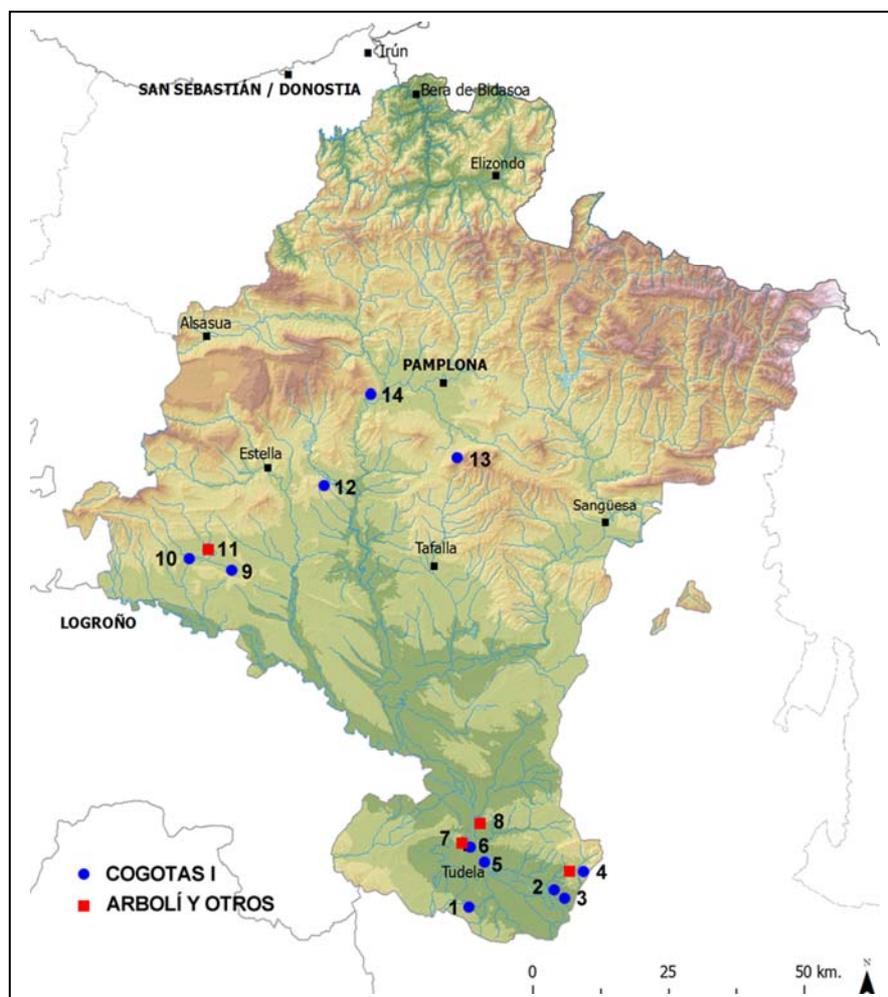


Figura 1. Plano de localización de los yacimientos citados en el texto

Este artículo pretende contribuir al conocimiento de esta realidad arqueológica, aportando los hallazgos existentes hasta la fecha en Navarra. Pretende también esbozar un marco interpretativo general para estas cerámicas con decoración inciso-impresa, que los arqueólogos vemos como singulares, que cobran un cierto sentido (similitudes-disimilitudes, distribución territorial, etc.) al ser estudiadas dentro del conjunto de las manifestaciones de la Edad del Bronce regional.

1. LOS DATOS ARQUEOLÓGICOS.

Se describirán seguidamente los hallazgos de estilo Cogotas efectuados en nuestra zona. La numeración de los yacimientos alude a la situación en el plano de la Figura 1. Se incluyen también, como elementos de referencia y discusión, algunos conjuntos de dudosa filiación, cuyas cerámicas entroncan con otras tradiciones decorativas y que sirven para poner de manifiesto la complejidad del panorama cultural en las postrimerías de la Edad del Bronce regional.

1- La Mesa (Ablitas). (Fig. 2)



Figura 2. La Mesa (Ablitas). Vista general

Se conoce de prospección un único fragmento cerámico de estilo Cogotas, referido en su día por Hernández Vera, J.A. (1983: Fig. IV. 2). Presenta decoración de al menos cuatro líneas paralelas de boquique y otras dos de puntos, todas ellas horizontales. Lo acompañan un borde con dos alineaciones paralelas de grandes y toscos triángulos excisos, la inferior apenas entrevista, y una pared con series de incisiones paralelas profundas. Este pequeño lote

destaca por su carácter excepcional dentro del conjunto de materiales de este notable *oppidum* del Hierro Medio-Final (Fig. 3, nº 1-2).

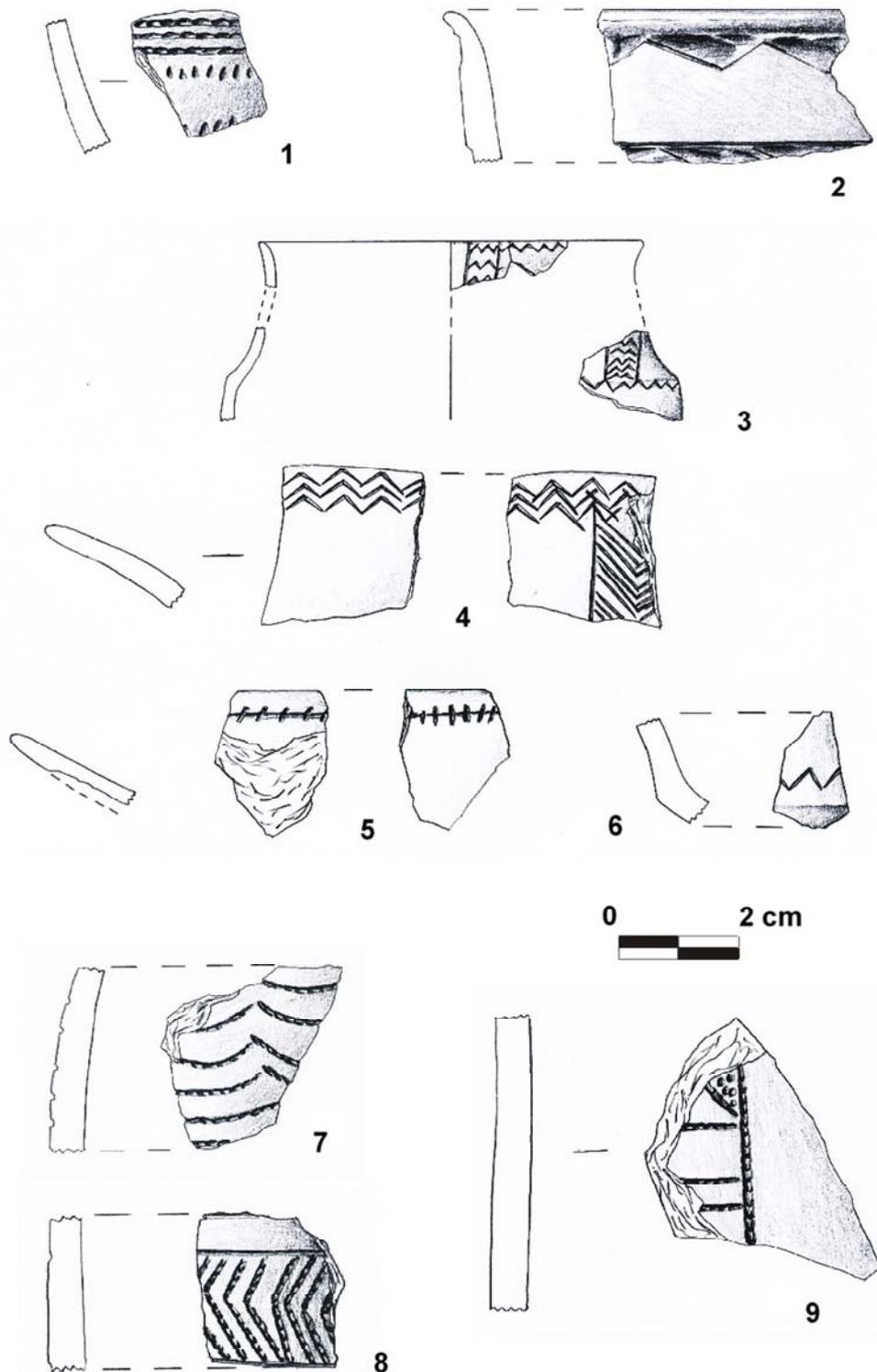


Figura 3. Cerámica con decoración de estilo Cogotas. 1-2 La Mesa de Ablitas. 3-6 Cuesta de la Iglesia. 7-9 Cabezo de la Mesa de Bardenas Reales.

2- Cuesta de la Iglesia A (Bardenas Reales). (Fig. 4)

Sondeado en 1976 por M^a A. Beguiristáin y A. Castiella, permanece prácticamente inédito (Beguiristáin, M^a A. 1980: 207). J. Sesma y M^a L. García realizaron una pequeña intervención de urgencia en 1992, excavando dos depósitos en hoyo, en uno de los cuales se recuperó un frontal humano (Sesma, J. y García, M^a L. 1994: 128).



Figura 4. Cuesta de la Iglesia A (Bardenas Reales). Vista del emplazamiento.

Las cerámicas, todas ellas con decoración de estilo protocogotas, se ciñen a 5 fragmentos. Proceden en su integridad de superficie, excepto una pieza con un motivo de zigzag inciso en carena, recuperada en la excavación de la fosa II, para la que se dispone de la siguiente fecha:

- GrN 19.674: 3.225±30 BP 1.536-1.427 cal a.C. al 95%⁷.

Los restantes fragmentos se adornan mediante motivos de línea cosida y zigzags de doble o triple línea (en este caso también interior), asociados a bandas verticales de espigas. Entre las formas cerámicas ornamentadas al estilo meseteño, se conoce un cuenco carenado de borde reentrante y fragmentos de bordes de platos o fuentes (Fig. 3, n^o 3-6).

⁷ Las dataciones se presentan, cuando se dispone, con los datos del laboratorio y seguidamente calibradas a dos σ en años de calendario BC, aplicando Calib Rev. 5.0.1.

Existe también un amplio elenco de formas comunes, que en la actualidad nos hallamos revisando, en las que están presentes los cuencos (de casquete semiesférico o de borde reentrante), vasos de paredes verticales de variados tamaños, fuentes, escudillas, vasos de perfil globular de superficie pulida o con recubrimiento de barro plástico muy somero, tanto de gran tamaño como en forma de ollitas, cazuelas carenadas de borde marcadamente exvasado, coladores, etc. Se emplean además escasas decoraciones incisas que no responden a los esquemas cogoteños, con aspecto de descuidadas líneas verticales profundas y triángulos rellenos de líneas oblicuas alternando en la dirección.

3- Cabezo de la Mesa (Bardenas Reales) (Fig. 5)

Ha sido publicado como Llano de la Modorra (Hernández Vera, J.A. 1983: 72) y Cabezo de la Modorra (Llanos Ortiz de Landaluze, A. 1990: 169), si bien en la toponimia oficial aparece referido como Cabezotinaja y Cabezo de la Mesa. Se trata de un asentamiento en una estratégica elevación, que presenta una ocupación principal de la II Edad del Hierro. No ha sido excavado.



Figura 5. Cabezo de la Mesa Bardenas Reales). Vista general

J. A. Hernández Vera (1983: Fig. IV.5) dio a conocer un fragmento de cuello de botella/jarra, decorado mediante un motivo de tres líneas horizontales y una perpendicular, en técnica de boquique, definiendo un área, posiblemente triangular, de puntos impresos. También de superficie proceden otros dos fragmentos realizados mediante la misma técnica ornamental: el primero con

festones de hasta seis líneas y el segundo con una franja delimitada por dos trazos incisos rellenos de líneas de boquique formando una amplia espiga horizontal (Sesma, J. y García, M^a L. 1994: 128) (Fig. 3, nº 7-9). Cabe destacar que ambos han sido analizados petrográficamente (Olaetxea, C. 2000: 153).

4- Monte Aguilar (Bardenas Reales). (Fig. 6)

Yacimiento emplazado en espolón de notable altitud y escarpados flancos, que se muestran inaccesibles en algunos puntos. Cuenta con una dilatada ocupación, representada por una amplia secuencia estratigráfica, cuya primera ocupación remite a un momento avanzado del Bronce Antiguo, si bien registra la mayor actividad durante el Bronce Medio-Bronce Tardío.



Figura 6. Monte Aguilar (Bardenas Reales). Vista del emplazamiento desde el este.

Se conocía de prospección un fragmento con decoración de festones mediante boquique (Hernández Vera, J.I. 1983: Fig. IV.4), que se reproduce en el nº 8 de la figura 7 del presente texto. Las intervenciones efectuadas entre 1988 y 1991 por J. Sesma y M^a L. García recuperaron un pequeño lote de 13 fragmentos con decoración inciso-impresa de tipo cogoteño, todas ellos englobados en la Fase II del poblado, que cuenta con dos dataciones absolutas:

- GrN-17112: 3315±25 BP. 1.668-1.521 cal a.C. al 100%
- GrN-17113: 3330±20 BP) 1.683-1.601 cal a.C. al 61%
- 1.593-1.251 cal a.C. al 39%

Los motivos recuperados en cerámicas de excavación constan de incisiones en zigzag simples o dobles, dispuestas tanto al exterior (borde y sobre la carena) como al interior del borde (en líneas dobles), espigas verticales formando motivos metopados y metopas de puntos impresos delimitados por incisiones. De superficie se conocen dos fragmentos decorados mediante líneas de espigas que acompañan a otras de boquique, que enmarcan en un caso a líneas de puntos y en otro a un ajedrezado exciso. Los restos presentan un estado muy fragmentario, por lo que no es posible atribuir formas cerámicas concretas, a excepción de las decoraciones de zig-zag, que siempre aparecen asociados a recipientes carenados de borde abierto (Forma 14 de Sesma) (Fig. 7). Su representación dentro del conjunto de la producción cerámica de este poblado, muy abundante, debe ser tenida como meramente testimonial (Sesma, J. y García, M^a L. 1994:128). Un muestreo de esta producción ha sido analizado petrográficamente (Olaetxea, C. 2000: 158-159).

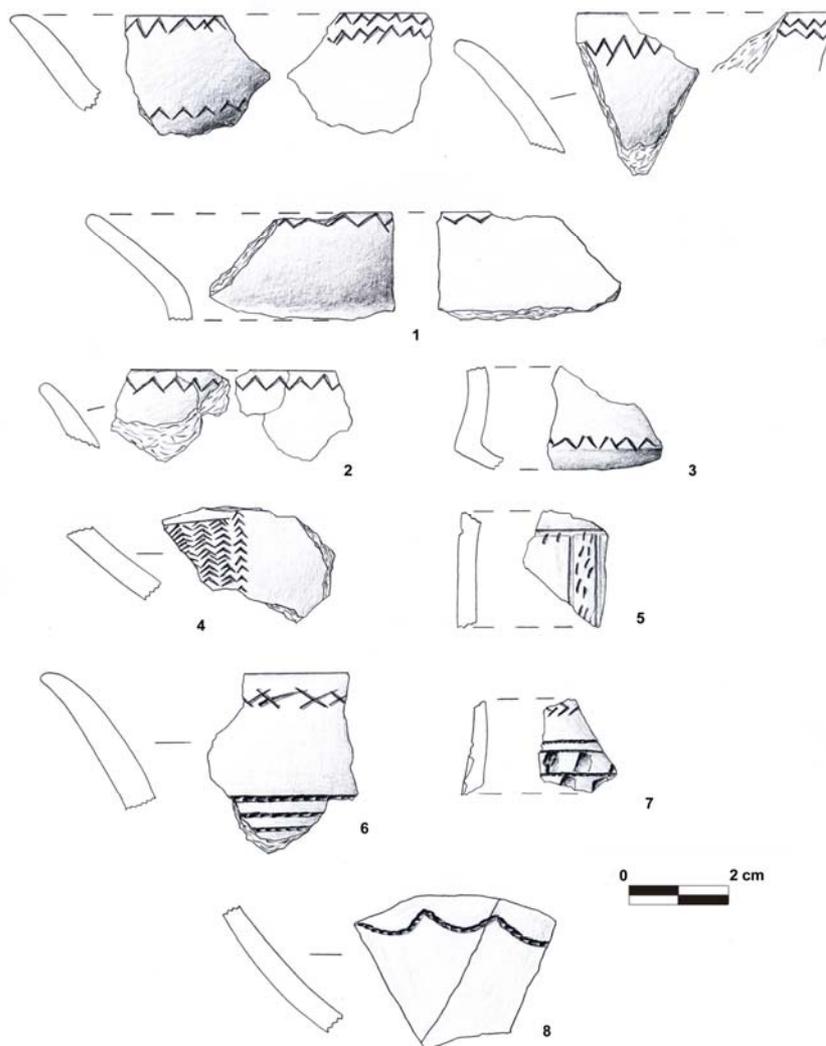


Figura 7. Cerámica de estilo Cogotas recuperada en Monte Aguilar.

Junto a estas influencias meseteñas, en este momento convergen en la alquería del poblado otras procedentes del noreste peninsular, encuadrables dentro de la fase final del estilo Arbolí, que se plasman en decoraciones de líneas de puntos impresos, pastillas aplicadas rellenas de puntos y grandes zig-zags incisos (Sesma, J. y García, M^a L. 1994: 128-129). Los materiales con decoración de este estilo oriental se recuperaron tanto en la Fase II como en la III. Su introducción hay que fecharla en esta última, que cuenta con la datación GrN-19670 3380±20 BP. 1.739-1.705 cal a. C al 24% y 1.697-1.623 cal a. C al 76%. La continuidad en la fase siguiente no queda del todo clara debido a un hecho: la apertura de hoyos a lo largo de la estratigrafía de la Fase II pudo haber provocado el movimiento y la mezcla estratigráfica, aportando materiales de los estratos subyacentes. Esto no ocurre con los materiales de diseño Cogotas, sólo presentes en el último momento de la ocupación prehistórica del poblado.

El yacimiento ofrece otros datos de interés sobre el contexto cultural de estos hallazgos durante el Bronce Tardío:

- Presencia de una cabaña con planta de tendencia rectangular, que sustituye a las construcciones en piedra y manteado de barro de las fases precedentes, datadas en el Bronce Medio (Fases VI-III).

- Formación estratigráfica potente, caracterizada por un sedimento heterogéneo, perforada por un conjunto de 13 depósitos en hoyo, que presumiblemente se extienden a lo largo de toda la superficie del poblado (Fig. 8).



Figura 8. Monte Aguilar. Sector A. Corte estratigráfico este.

- Cambios en el utillaje doméstico: en la cerámica, rarefacción de los motivos barrocos en los grandes contenedores, que diseñan un perfil en S menos acusado, presencia de impresiones de esteras al exterior del fondo de los recipientes de mayor volumen, abundancia de pequeñas cazuelas carenadas abiertas, fuentes hondas, etc. Otros rasgos son el incremento en la representación de los dientes de hoz y el notable desarrollo de la industria ósea.

5. El Bocal (Fontellas). (Fig. 9)

El yacimiento está situado en un pequeño altozano, hoy en día casi destruido por labores extractivas, desgajado de la línea de terrazas de la margen derecha del Ebro. J. A. Hernández Vera alude de una forma genérica a la existencia de fondos de cabaña en el lugar.



Figura 9. El Bocal (Fontellas). Vista del emplazamiento.

Destacan entre las cerámicas dos fragmentos de una ollita de borde ligeramente exvasado, que se reproduce en el número 1 de la figura 10. Presenta en el hombro decoración de “dos series de tres líneas horizontales de boquique, que dejan entre ellas una amplia zona lisa recorrida en su parte central por otra serie horizontal de puntos gruesos y profundos” (Hernández Vera, J. A. 1983: 71 y Fig. IV.3)

Referimos aquí como novedad el resto de cerámicas decoradas que acompañan al citado recipiente y que reproducen motivos de tres líneas horizontales con “flecós”, una franja de trazos oblicuos paralelos enmarcados por líneas, una composición fragmentada que parece representar un ajedrezado

de grandes cuadros rellenos de líneas oblicuas paralelas, así como dos fragmentos con decoración de retícula oblicua; todo ello, como se ha señalado, inciso. Por último, destaca un ajedrezado exciso muy fragmentado y toscamente ejecutado, delimitado por trazos incisos (Fig. 10). El resto del elenco cerámico es poco significativo, debiendo destacarse más las ausencias (vasos carenados de cualquier tipo, recipientes con barro plástico...) que las presencias (un borde con bisel interior).

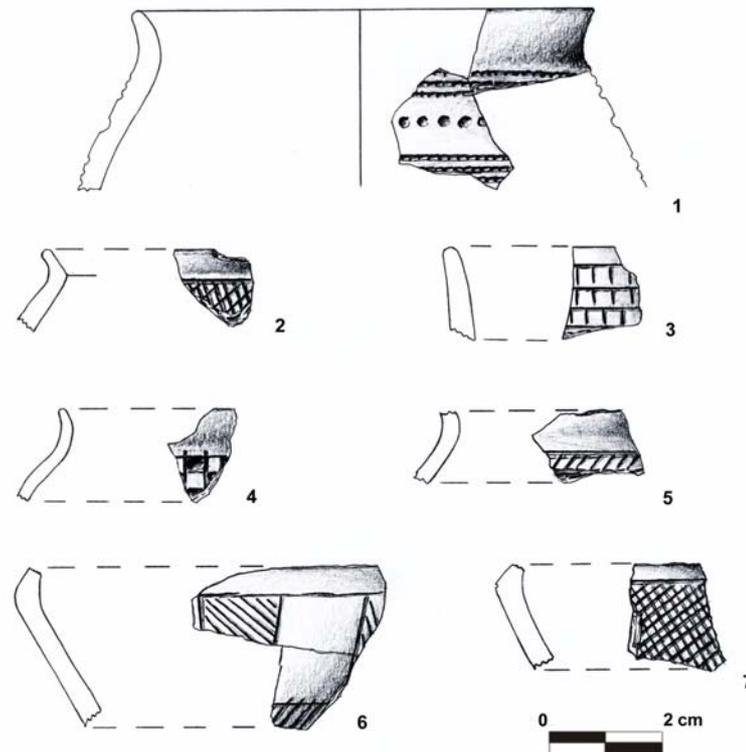


Figura 10. Cerámicas recuperadas en El Bocal (Fontellas).

6- Santa Bárbara (Tudela).

El yacimiento ocupa un destacado cerro testigo, que domina el emplazamiento de la capital de la Ribera navarra, en un recodo del Ebro. Ha sido objeto de sucesivas campañas de excavación entre 1997 y 2004 a cargo de J. J. Bienes, quien ha exhumando una amplia secuencia que arranca desde la Edad del Bronce y se extiende prácticamente hasta la actualidad (Bienes Calvo, J. J. 2002).

En la campaña de 2002 se excavó en el sector 7 la UE 741, que ofreció un lote de cerámicas manufacturadas atribuibles a Campos de Urnas, en las que

están presentes dos pequeños fragmentos decorados mediante técnica de boquique. Uno de ellos emplea cinco líneas horizontales paralelas y conserva claros residuos rojizos en el interior de los surcos, que no han sido analizados; el otro se reduce a tres líneas horizontales (Fig. 11, 1-2).

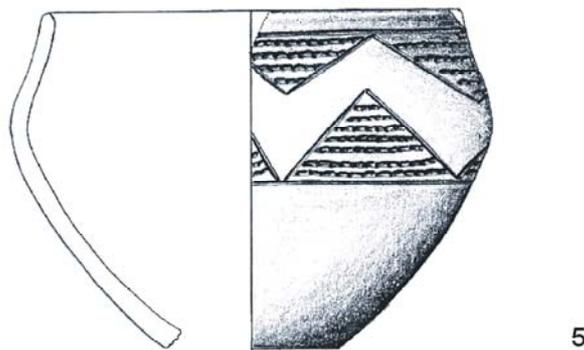
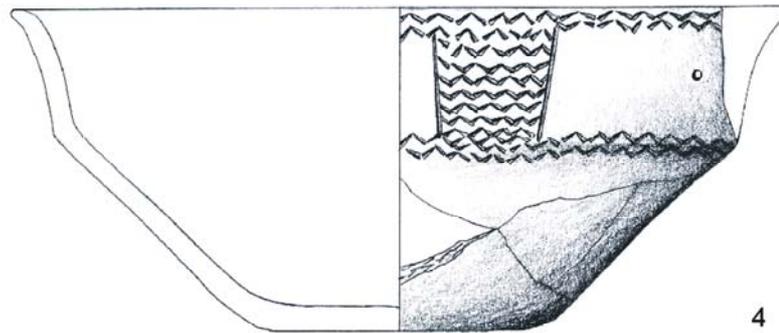
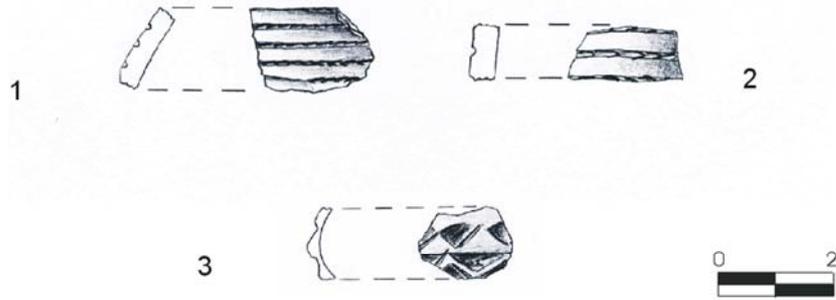


Figura 11. Cerámica con decoración de estilo Cogotas y otros. 1-2 Santa Bárbara de Tudela. 3 Marijuan VI. 4-5 Cortecampo II.

El contexto cerámico de la fase protohistórica del asentamiento se encuadra en la fase de Campos de Urnas Recientes del Ebro Medio (Ruiz Zapatero, G. 1985: 604). Las decoraciones de boquique aparecen asociadas en la

misma unidad estratigráfica a decoraciones acanaladas, bordes con bisel interior y una restringida serie de decoraciones incisas (grandes triángulos y líneas horizontales) y excisas, éstas con un único fragmento, una pared ornamentada mediante toscos triángulos contrapuestos enmarcando zig-zag incisos. El resto del ajuar cerámico, integrado por vasitos de cuello cilíndrico, ollas con mamelón perforado en la panza, tazas carenadas, etc., responden al mismo horizonte cultural, parangonable a PIII de El Alto de la Cruz de Cortes.

7. Las Labradas (Tudela).

Descubierto en 2007 por el equipo de Gabinete Trama, S.L. durante el seguimiento de las obras de urbanización del Área de actividades económicas de Tudela, el hallazgo permanece inédito. Junto a tres estructuras de tipo depósito en hoyo, se detectó sobre el terreno geológico un recipiente aplastado aislado, que en su forma y decoración podría imitar a un recipiente de cuero (Figura 12).



Figura 12. Las Labradas. Jarra decorada (Fotografía L. Prieto).

Tiene galbo de botella, si bien no se encuentra completo, faltándole parte del cuerpo y el fondo. La decoración se articula en torno a una línea incisa vertical flanqueada por puntos impresos en su lado derecho (“flecos”), que partiendo del borde descende hasta el máximo saliente de la panza, desde donde arranca, circundando el cuerpo, una línea en amplios festones de similar

motivo. En las zonas convexas, en la parte baja del vaso, se definen seis espacios circulares u ovalados rellenos de impresiones de punta de espátula, sin línea de delimitación. En la zona cóncava parece definirse, pues se halla parcialmente perdido, un cordón aplicado en forma de U, serpentiforme o más probablemente una herradura (*horseshoe*), decorado con series de impresiones de espátula. En el lado contrapuesto a la línea vertical citada y empleando el motivo de flecos, se dibuja junto al borde un rectángulo que carece del lado superior.

Los motivos empleados (líneas de flecos, elementos aplicados con impresiones, motivos incisos simples de gran amplitud, etc.) y la sintaxis decorativa presentan concomitancias con el estilo Arbolí, que en el Ebro medio precede en algunas secuencias estratigráficas a Protocogotas (Harrison, R.J. y Moreno López, G. 1990: 22-23), como queda claramente atestiguado en las secuencias de Moncin y Majaladares. Desafortunadamente el material de acompañamiento (vasos con recubrimiento de barro plástico prominente, decoraciones de series de mamelones, etc.) no resulta definitorio del contexto cerámico, por lo que únicamente la datación absoluta, no efectuada hasta la fecha, precisaría adecuadamente el marco cronológico del hallazgo.

8. Marijuan VI (Tudela). (Fig. 13)



Figura 13. Marijuan VI (Tudela). Vista del emplazamiento.

Integran el conjunto de Marijuan una amplia serie de yacimientos que, arrancando desde el Bronce Antiguo, se extienden a lo largo de todo el IIº milenio a.C. Situado en la exigua punta de un espolón fuertemente destacado

sobre la vega del Ebro, se conocen de superficie un conjunto de materiales de un momento avanzado de la Edad del Bronce pre CC.UU. Entre éstos se halla un pequeño fragmento con decoración de cuidada factura a base de una banda de zigzag definida mediante triángulos excisos alternos y bajo él una segunda fila de triángulos ejecutados con la misma técnica (Fig. 11.3).

9. La Almuza (Sesma).

El material agrupa un conjunto de cerámicas de variado estilo, que se ha dado como procedente de La Almuza (Castiella, A. 1986, fig. 15 y Lám. V), una serie de campos en ladera situados al pie de un pequeño promontorio. Junto a fragmentos de indiscutible tipología campaniforme ciempozuelos, existen otros decorados mediante series de zigzags rellenos de trazos verticales paralelos y línea cosida, líneas de puntos y de improntas de caña, que tanto podrían adscribirse al horizonte decorativo Cogotas en su fase inicial como al Arbolí. Un par de fragmentos con decoración de espiga no deja duda sin embargo sobre la influencia meseteña en el yacimiento.

10. Cortecampo II (Los Arcos).

El yacimiento se sitúa en la comarca de Tierra Estella en el fondo llano de la cubeta sedimentaria de Los Arcos, avenida por el río Odrón. Los restos fueron descubiertos y excavados por Navark, S.L. en 2004, durante las actuaciones de control arqueológico de las obras de construcción de la Autovía del Camino, Pamplona-Logroño. Se definieron 77 depósitos en hoyo, de los que finalmente se excavaron 28, sobre una superficie de algo más de 16.000 m². Su cronología se centra en dos momentos, el Neolítico Antiguo y el Bronce Tardío (Ramos, M. 2006: 145 y ss).

De un amplio elenco cerámico, se han documentado restos de 16 recipientes con decoración de estilo meseteño, mayoritariamente representados por un único fragmento y de tamaño pequeño, a excepción de dos vasos de perfil completo y con su ornamentación reconstruible (Fig. 11. 4-5). Este yacimiento constituye hasta la fecha el máximo exponente de este estilo cerámico en Navarra. Los vasos citados son una cazuela de la estructura 10, con carena media y borde exvasado, que se decora sobre el quiebro y al interior y exterior del borde mediante doble línea paralela de zigzag impreso y en la mitad superior del cuerpo con tres metopas también del mismo motivo. De la estructura 9 procede una ollita ornamentada mediante una banda que ocupa toda la mitad superior del recipiente, en la que la decoración se compone de una amplia franja lisa en zigzag delimitada por incisiones, que define arriba y abajo series de triángulos rellenos de líneas horizontales de boquique. En el resto de fragmentos no resulta factible reconstruir los galbos, si bien la mayoría

parecen corresponder a formas globulares características de la Fase plena de Cogotas. El boquique es la técnica más representada, pues aparece en el 40% de los fragmentos, bien sea como elemento de delimitación o como motivo en sí mismos (festones y trazos paralelos). Otros motivos presentes son las zonas punteadas y las espigas incisas. Está ausente la técnica excisa.

La producción cerámica general se caracteriza por la casi total ausencia de decoraciones, a excepción de algunos cordones, tanto simples como en series horizontales, digitaciones en el borde y en especial amplios peinados cubrientes. Los perfiles carenados son infrecuentes, dominando los cuencos de diversas formas y los contenedores de paredes verticales o con una suave inflexión en el borde, que en los casos más toscos se suelen acompañar de mamelones y lengüetas. Completan el elenco formal algunas escudillas y ollitas con un asa. En cuanto a los acabados, hay que hacer notar la desaparición del barro plástico y la presencia de improntas de esteras en los fondos de los recipientes de mayor capacidad.



Figura 14. Cortecampo II (Los Arcos). Inhumación en fosa con perros (*canis familiaris*).

En lo que concierne a la estructura del asentamiento y demás aspectos organizativos del espacio, Cortecampo II se presenta como un típico “campo de hoyos”, sin regularidades apreciables en la distribución de las estructuras ni evidencias de restos constructivos. En los perfiles de los hoyos dominan las

formas en cubeta y globulares, destacando algunos con una clara funcionalidad de almacenaje. Destaca dentro de éstos el hoyo 9, por su carácter funerario. Albergaba un individuo masculino adulto joven, depositado en posición flexionada sobre el fondo de la estructura, que tenía la particularidad de presentar la cabeza (excepto el maxilar inferior) separada intencionadamente del cuerpo, alojada en una pequeña hornacina delimitada por piedras. Le acompañaba como ajuar, bajo el cuerpo, los fragmentos del recipiente con decoración de boquique antes mencionado. El conjunto se presentaba estratificado, documentándose en el nivel superpuesto a la inhumación un depósito intencionado de fauna, integrado por dos hemimandíbulas de un oviáprido adulto y cuatro perros, dos casi completos en conexión anatómica y restos muy parciales de otros tantos, todos ellos también adultos. En este mismo nivel se documentó una gran losa triangular, que se ha interpretado como un posible hito o estela de señalización (Figura 14).

La inhumación ha sido datada en 3.025 ± 40 BP, 1.402-1.189 cal. a.C. al 94%. Esta fecha puede hacerse extensible al contexto general del yacimiento, si bien uno de los hoyos arroja un pequeño fragmento con decoración acanalada, que indicaría la perduración del lugar hasta los primeros Campos de Urnas regionales.

11. Las Roturas II (Los Arcos). (Fig. 15)

Yacimiento de poco más de 4,5 Has situado en la depresión de Los Arcos, en una pequeña loma entre los ríos Odrón y Cardiel, localizado a poco más de 3 km de Cortecampo II. Fue objeto de una excavación en toda su extensión, a cargo de Runa, Gestión del Patrimonio Histórico, con motivo de las obras de ampliación del polígono industrial de Los Arcos, deparando 88 estructuras de tipo depósito en hoyo. Permanece inédito.



Figura 15. Las Roturas II (Los Arcos). Vista del emplazamiento.

El material cerámico es más bien escaso, especialmente el provisto de decoraciones significativas. Si bien resulta indudable la adscripción cronológica del conjunto a un momento del Bronce avanzado, según se detalla más adelante, no parece factible la vinculación de sus producciones cerámicas decoradas con el horizonte cogoteño. En la técnica empleada en los apenas 7 fragmentos con ornamentación estudiados domina la impresión cordada y de peine, con motivos como las series de líneas horizontales y los festones (Fig. 16, 1-6).

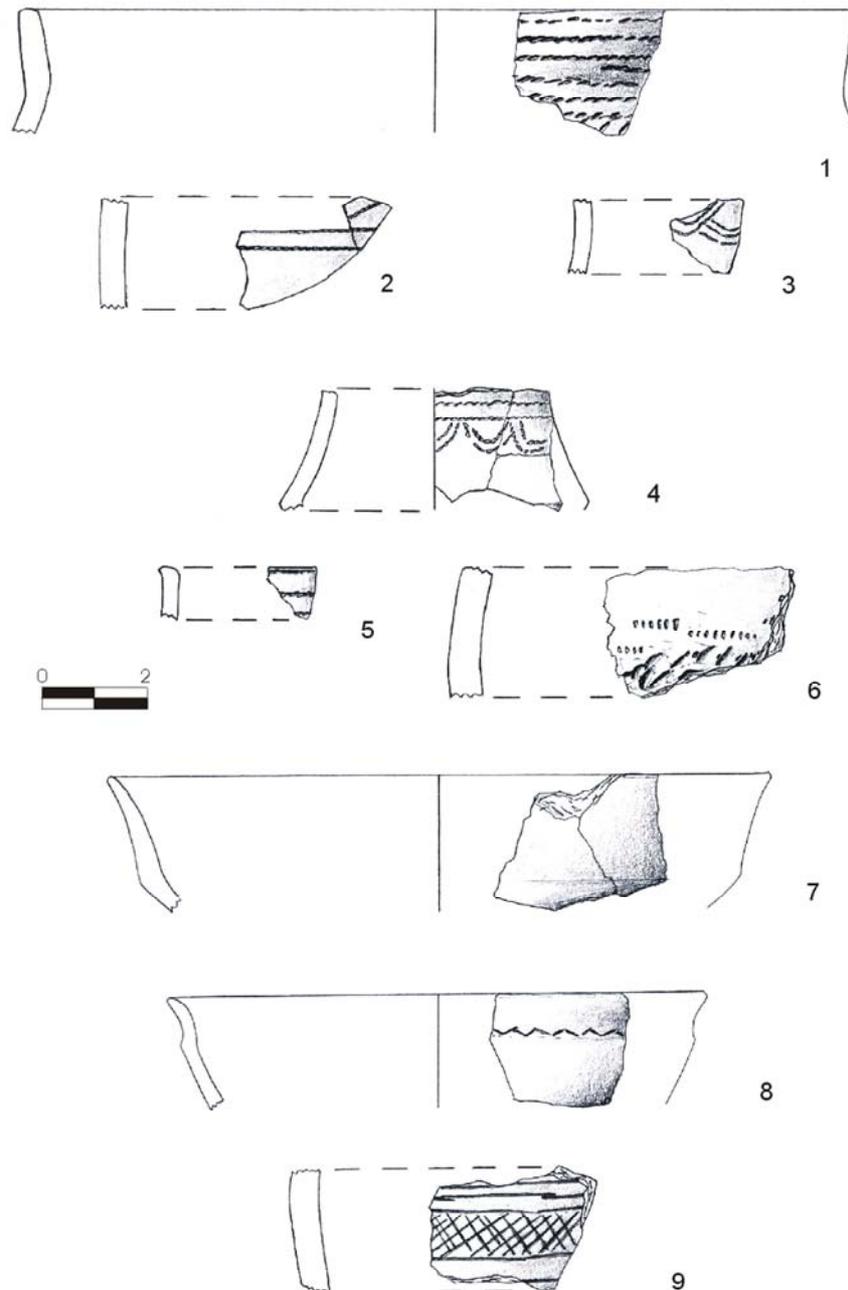


Figura 16. Cerámica con decoración inciso-impresa y asociada. 1-6 Las Roturas II.
7-9 Abrigo del Cantero.

La producción cerámica general presenta rasgos que la adscriben a un momento avanzado del Bronce, pre-Campos de Urnas: escasas cazuelas carenadas de borde abierto, cuencos de perfil troncocónico, vasos de forma cilíndrica o con suave inflexión en el borde, recubrimientos de barro plástico, etc. Algunos elementos tecnológicos -fondos con talón, improntas de esteras, profusión de lengüetas y mamelones....- y decorativos -series de cordones horizontales, decoraciones aplicadas cubrientes o superficies con amplios peinados- son característicos también de este horizonte.

Dada la abrumadora mayoría de los perfiles siliformes profundos, se ha interpretado como una zona destinada a almacenaje, dentro de un yacimiento más amplio, difícil de discernir a partir de los datos de superficie.

12. Dolmen de Charracadía (Cirauqui).

Sepulcro de corredor excavado por M^a A. Beguiristáin y D. Vélaz en 1999-2000⁸. En la zona más oriental del corredor se recuperó "cerámica de boquique con decoración de ondas concéntricas que pudiera tener incrustaciones de pasta blanca" (Narvarte Sanz, N. 2005: 267) y fragmentos de "una cerámica de borde exvasado que puede paralelizarse con un cuenco grande o escudilla abierta, de perfil troncocónico y característico del Bronce Tardío" (Álvarez Vidaurre, E. 2006: 135). En este momento debió erigirse algún tipo de estructura periférica al megalito, cuya tipología y funcionalidad no se ha detallado. Las dataciones publicadas sólo corresponden al uso funerario del monumento durante el Neolítico Final-Calcolítico.

13. Cueva de Diabloluzo (Guerendiáin, Elorz). (Fig. 17)

Cavidad situada en la vertiente septentrional de la Sierra de Alaiz, en la Cuenca de Pamplona. Fue sondeada de urgencia en 1995 por A. Castiella y J. Sesma. Los primeros indicios de ocupación se remontan al Bronce Antiguo (nivel II), a juzgar por los materiales campaniformes (cerámica de estilo Ciempozuelos, botón de perforación en V y una punta Palmela), fase en la que pudo tener una funcionalidad sepulcral. Se frecuentó de nuevo en un momento impreciso del Bronce Tardío-Final (nivel I), documentándose dos hogares y distintos indicios de su condición de precaria habitación, actividad que pudo compaginarse con el uso como redil (Castiella, A. Dir. 1999: 195 y ss).

⁸ Se recogen aquí los datos publicados, si bien la Tesis Doctoral del Dr. David Vélaz, que con el título "El megalitismo en el valle del Salado (Navarra): un estudio territorial desde los sistemas de información geográfica" fue defendida en 2003 en la Universidad de Navarra, permanece inédita y con ella los materiales de referencia.



Figura 17. Cueva de Diabloluzo (Guerendiain, Elorz). Vista del emplazamiento.

Las muestras de la cerámica cogoteña se reducen a dos fragmentos de pared recuperados en superficie, adornados con toscos entramados incisos. Proceden de excavación un fragmento con una banda de impresiones bajo un motivo de línea cosida, un fragmento de pared con pseudoexcisiones en forma de rombo, una ollita con doble banda de líneas oblicuas y otros dos, probablemente de un mismo recipiente, con decoración de bandas de líneas oblicuas separadas por dos líneas de impresiones de instrumento (Castiella, A. Dir. 1999: Fig. 67). Se acompañan de pequeños cuencos, cazuelas carenadas de borde vertical o exvasado y carena alta, vasos de suave perfil en s y distintos recipientes con recubrimiento de barro plástico de perfiles ovoides. Se conoce también de superficie un vaso carenado con decoración acanalada de festones.

14. Peña del Cantero (Etxauri) (Fig. 18).

Se trata de la localización más septentrional conocida en Navarra de este tipo de cerámicas. Los materiales proceden de una recogida selectiva, efectuada durante las obras de acondicionamiento como refugio de escaladores de un covacho en el farallón rocoso que define el frente meridional de la Sierra de Sarvil⁹. Fueron dados a conocer por I. Barandiarán y E. Vallespí (1984: 139). Entre el material adscribible al Bronce Tardío figuran dos fragmentos de recipientes con carena media y alta y característico borde abierto, uno de ellos

⁹ Los materiales se conservan en el Departamento de Historia: Arqueología de la Universidad de Navarra, donde fueron depositados por la Lcda. Edurne Iribarren.

decorado mediante zigzag inciso, así como un tercero que presenta una tosca retícula incisa oblicua (Fig. 16, 7-9).

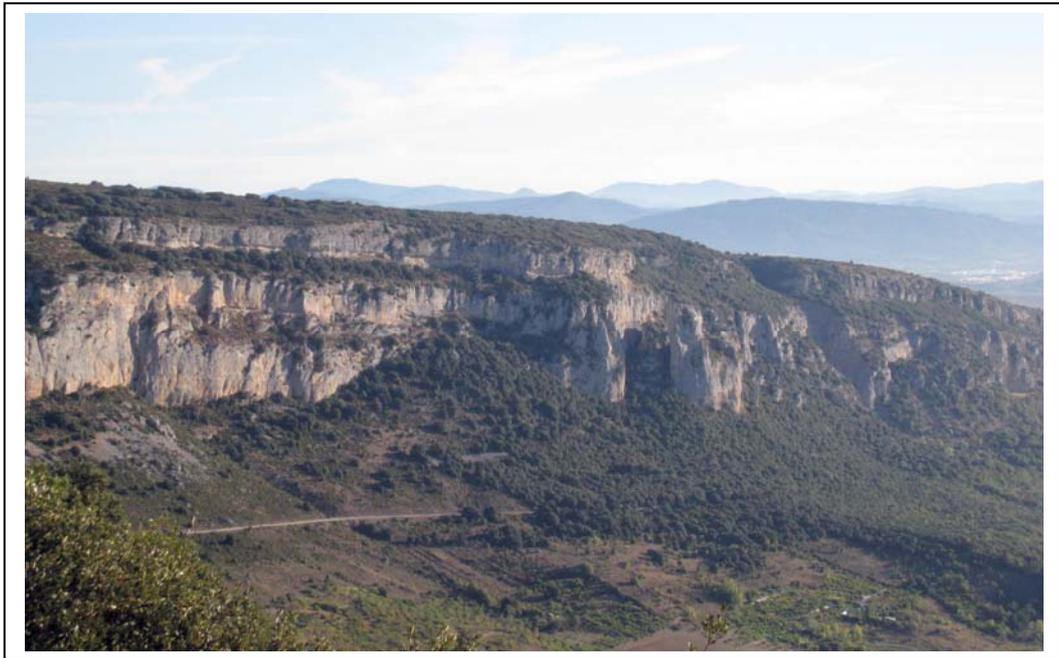


Figura 18. Abrigo del Cantero (Etxauri). Vista del emplazamiento.

2. EL CONTEXTO CULTURAL.

Al realizar un estudio de conjunto de los estilos decorativos y particularmente del tipo cogoteño en las postrimerías de la Edad del Bronce, no resulta aconsejable considerar a éstos con independencia del contexto cultural y geográfico en el que se sitúan y/o introducen. La realidad arqueológica de la Edad del Bronce en Navarra y en general en el Ebro Medio se está mostrando sumamente fragmentaria, con notables variaciones comarcales, en la línea de lo que se ha venido en denominar “ciclos locales” (Harrison, R.J. 1995: 76). Es decir, nos hallaríamos ante comunidades de variable implantación territorial, próximas pero sustancialmente diferenciadas (en sus hábitats, bases económicas, líneas de relación, etc.) y que siguen ritmos evolutivos dispares, hecho que resulta más perceptible en los momentos iniciales y finales de los grandes ciclos culturales, como es el caso que ahora nos ocupa (Picazo Millán, J.V. y Rodanés Vicente, J.M^a 2002: 253).

A la vista de los datos aportados por las prospecciones y excavaciones efectuadas en los últimos años, se pueden distinguir durante el Bronce Medio-Tardío en el área de la actual Navarra dos grandes espacios culturales (Fig. 19):

- Sureste de Navarra y zona media oriental, que se podría denominar de poblados de aglomeración, siguiendo la denominación empleada para el área turolense por Burillo y Picazo. Desde fines del Bronce Antiguo se caracteriza por la instauración de un ciclo expansivo, plasmado en una densa ocupación de

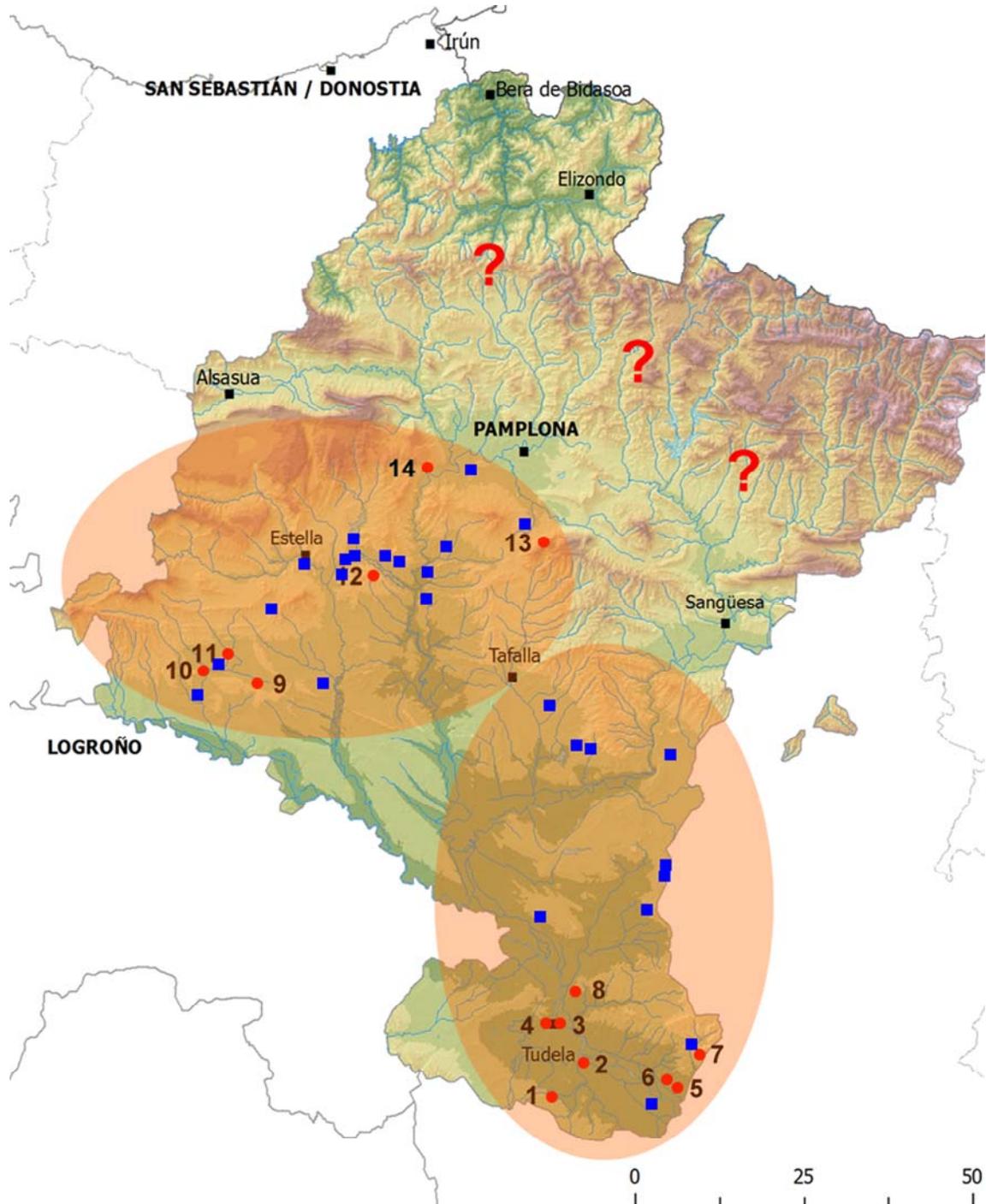


Figura 19. Espacios culturales reconocibles durante la Edad del Bronce en el territorio de la actual Navarra.

determinadas áreas geográficas y un hábitat fuertemente jerarquizado implantado a partir del Bronce Medio, al menos en la zona de las Bardenas

Reales. Se constatan asentamientos estables preferentemente, aunque no sólo, en altura, dotados de construcciones en piedra y manteado de barro, tanto de carácter doméstico-familiar (casas, vasares, etc.) como comunitario (muralla, cisternas, calles, etc.) (Sesma, J. 2004), organizados de una manera jerárquica para el control del territorio a escala comarcal. Estos aspectos denotan una organización social que posibilita la inversión de esfuerzo y tiempo colectivos, fuertemente controlados y organizados desde una élite social, cuya presencia no podemos rastrear en la zona por ahora a causa de la precariedad del registro arqueológico.

La implantación durante el Bronce Medio tiene su mejor exponente en el poblado de Monte Aguilar, con una secuencia de 5 fases y una cultura material característica del llamado Bronce Clásico, sobre la que no nos extenderemos, pero que denota importantes contactos con el levante peninsular, entre otros aspectos en la alfarería (vasos geminados, decoración de los recipientes contenedores, etc.) y la forma de edificar (vasares, casas adosadas, construcciones en ladera). Desde el punto de vista de la alfarería, este momento se caracteriza por un horizonte de cerámicas lisas con una amplia gama de formas, en las que abundan los vasos carenados con perfiles variados. Resalta también la profusión de recipientes de tamañazo mediano-pequeño con recubrimiento de barro plástico y los grandes contenedores con barrocas decoraciones en relieve (Sesma, J. y García, M^a L. 1994: Figs. 11-13).

Este horizonte, definido por la ausencia de decoraciones incisivas, encuentra su apogeo en el valle del Ebro durante el Bronce Medio, si bien parece arrancar desde fines del Antiguo. No son muchos los yacimientos de este período excavados que permiten ejemplificar esta tradición cerámica. Extraña su ausencia en las estratigrafías del somontano del Moncayo, como se argumenta en la valoración final, a excepción de Siete Cabezas. Algunas cuevas cuentan con niveles que se encuadrarían en esta tradición, como los niveles 3 y 4 de Cueva Lóbrega, los estratos IIB1 y A de Los Husos, el estrato II de la entrada de la cueva de San Bartolomé (con una datación de 3.475±35 BP), Lamikela, Obenkun, etc. Aunque no existen secuencias estratigráficas continuas que lo demuestren, las correlaciones de niveles entre yacimientos inducen a pensar que dicho horizonte sucede al campaniforme en determinados lugares, como el valle del Iregua (Rodanés, V. 1999: 166) o las Bardenas Reales (Sesma, J. y García, M^a L. 1994). En otras zonas geográficas más alejadas, como el área madrileña, esta denominada facies del Bronce Clásico parece ser coetánea con el horizonte Cogotas I (Blasco Bosqued, M^a C. 1987:85 y ss).

Se cuentan en buen número los asentamientos de este grupo en zonas del interior, relativamente alejados de los cauces de agua principales, vinculados a suelos que permiten explotaciones de cereal en secano y sobre todo una

ganadería intensiva. Se trata de formaciones edáficas que hoy se muestran muy degradadas por la erosión y la sobreexplotación pastoril, pero que en el II^o milenio a.C. tenían una fisonomía radicalmente diferente (Iriarte Chiapusso, M^a J. 2001). Esta orientación económica explicaría los amplios vacíos arqueológicos detectados en zonas de vega y terrazas, como las del Ebro, Aragón y Cidacos, que no pueden achacarse a carencias en la prospección¹⁰.

Las costumbres funerarias de este grupo en el Bronce Medio apenas se han documentado, resultando lo conocido más bien singularidades (cistas de Llanos de Escudero y Monte Aguilar y enterramiento individual en fosa de Picarana).

Las fechas con que se cuenta para este horizonte se sitúan a lo largo de la primera mitad del II^o milenio:

Monte Aguilar:	3.600±45	2.050-1.875 cal. a.C al 89%
	3.510±20	1.894-1.765 cal. a.C. al 100%
	3.380±20	1.739-1.705 cal. a.C. al 24%
		1.697-1.623 cal. a.C. al 76%
Monte Aguilar II:	3.470±100	2.033-1.525 cal. a.C. al 100%
Puy Águila I:	3.495±35	1.915-1.739 cal. a.C. al 98%
	3.465±35	1.884-1.727 cal. a.C. al 90%

En este contexto, la introducción de cerámicas de estilo cogoteño es coetánea o ligeramente posterior, según se ha señalado en el catálogo, a la presencia de influjos del bajo Ebro en forma de decoraciones de tipo Arbolí, con testimonios en las fases II y III de Monte Aguilar y Las Labradas así como en otros no detallados antes, conocidos únicamente a partir de materiales de prospección, como Pisquerra, Muga Valdecruz, o Modorra IV, todos ellos en las Bardenas Reales (Sesma, J. y García, M^a L. 1994: 127). En nuestra zona se muestran escuetamente las decoraciones de líneas de puntos, a veces formando círculos-esquematisaciones solares, los grandes zigzags, las líneas incisas o de boquique con flecos, aplicaciones punteadas, círculos estampillados, etc. (Fig. 20) Por el momento no estamos en condiciones de determinar las formas cerámicas a las que se asocian, salvo la citada botella de Las Labradas y algunas cazuelas carenadas de Monte Aguilar y Pisquerra. En Moncín (Fases III, IIE y IID) y Majaladares, donde tienen cierta implantación, esta corriente ornamental se presenta en recipientes de gran tamaño, como cuencos abiertos con asas, platos, ollas globulares, cazuelas carenadas, etc. (Harrison, R.J. y Moreno, G. 1990: 22-23)

¹⁰ Las prospecciones sistemáticas que desde el año 1991 se llevan a cabo ininterrumpidamente para la realización del Inventario Arqueológico de Navarra así lo están demostrando.

Las bandas decorativas a base de líneas de puntos han sido definidas como un elemento característico del llamado Grupo del Nordeste (Maya, J. L. y Petit, M^a A. 1986: 55), aunque también se documentan en el horizonte Cogotas I (Fernández Posse, M^a D. 1986-1987: 232), situadas tanto en la carena como al

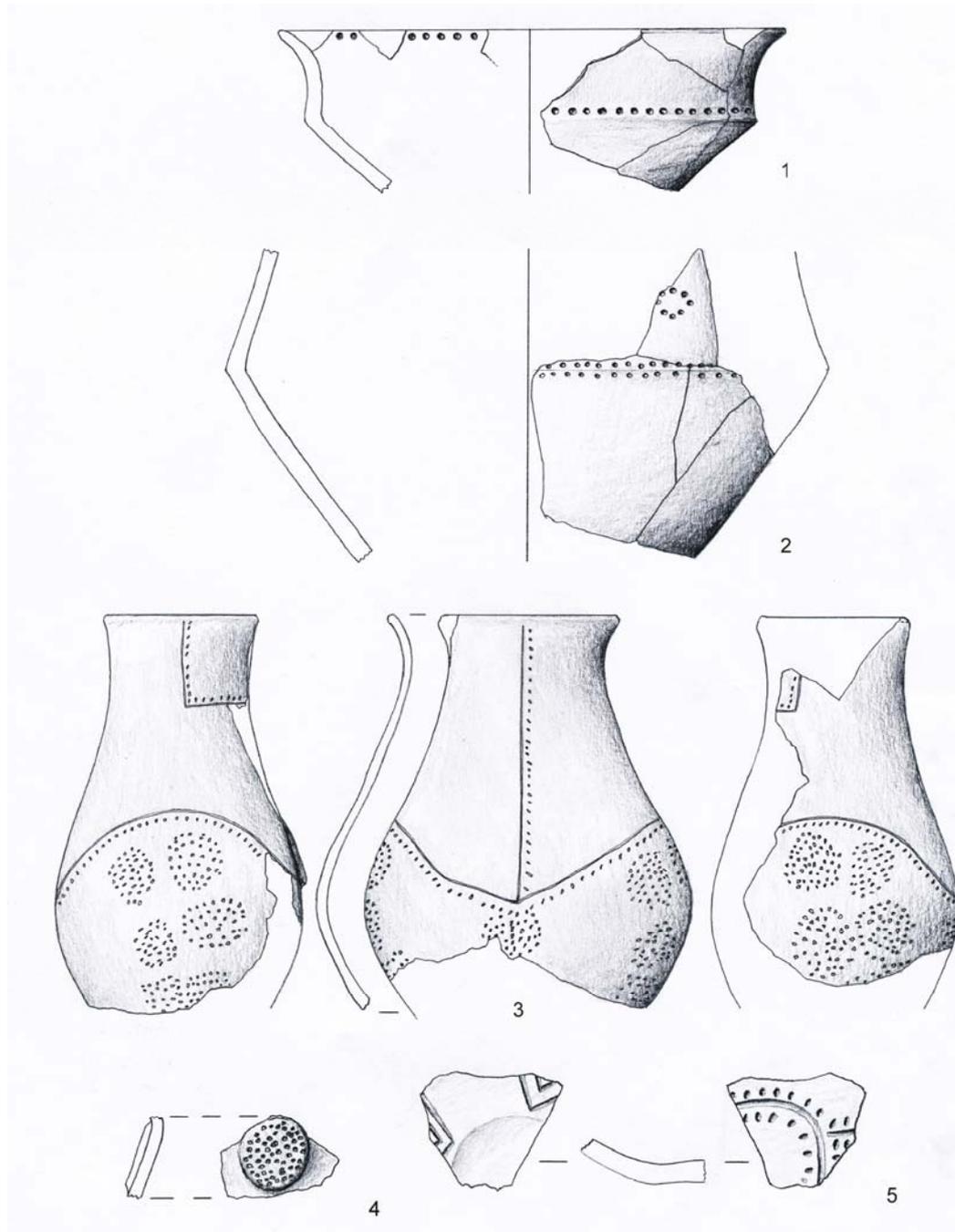


Figura 20 Representación de cerámica con decoración de estilo Arbolí en Navarra. 1 y 4, Monte Aguilar. 2, Pisuerra (Bardenas Reales). 3, Las Labradas. 5, Modorra IV (Bardenas Reales).

interior, como puede apreciarse por ejemplo en Los Tolmos de Caracena (Jimeno Martínez, A. 1984: Fig. 99.403 y 413). La presencia de este elemento asociado a círculos de punciones en el yacimiento de Pisquerra I aclara bastante el parentesco y la relación de estas temáticas de alineaciones de puntos con el citado grupo catalano-aragonés. Los círculos de puntos, a los que también tiende a denominarse “esquemalizaciones solares” (Maya, J.L. y Petit, M^a A. 1986: 54) son un elemento fundamental en la temática decorativa del Grupo del Nordeste. Dicho motivo, que en las Bardenas se da en su variante sencilla de puntos, puede hallarse también en forma de dobles círculos concéntricos, soles radiados, etc. Bajo la forma sencilla lo vemos aparecer en el campaniforme de La Recambra (Aparicio Pérez, J. et alii. 1983: fig. 58), pero va a ser en el Bajo Aragón y Tarragona donde se encuentren los mejores paralelos. Nos referimos a la cueva de Porta Lloret (Vilaseca, S. 1957-58: Lám. 4.7), El Carnelario de Sigena (Maya, J.L. y Petit, M^a A. 1986: Lám. 3) o la Cueva C de Arbolí (Vilaseca, S. 1934b: Fig. 17). En el Ebro Medio se registra también en Moncín (Harrison, R.J. et alii. 1994: Fig. 14.12) y El Moro de Olvena, sup., en este caso con incisiones radiales (Rodanés, V. y Ramón, N. 1996: Fig. 52.5).

Los motivos aplicados con impresiones de instrumento, en forma de medallones o herraduras, que están presentes tanto en Monte Aguilar Fase III como en Las Labradas, tienen su paralelo más cercano en Moncín (Harrison, R.J. et alii. 1994: nº 815, 827 y 1854). Las líneas de flecos colgantes son uno de los elementos más característicos del estilo arbolí-grupo del nordeste, bajo la forma de guirnaldas o zigzags y cuenta con múltiples paralelos, sobre los que no nos vamos a extender (Maya, J.L. y Petit, M^a A. 1986: 54). El vaso de Las Labradas destaca por su original composición, en la que emplea festones, amplias líneas verticales y rectángulos, combinados con áreas de puntos impresos.

La cronología de este conjunto de decoraciones, a partir de su datación en yacimientos como Serra de Clarena, Bóbila Madurell y Cova del Frare se sitúa en el Bronce Antiguo (Maya, J.L. y Petit, M^a A. 1986: 59). El momento final y su presencia hacia occidente son aspectos todavía por dilucidar. En el primer aspecto se cuenta con una datación de la Bóbila Madurell (1.400±90 a.C.), que certifica su perduración hasta el Bronce Pleno. Respecto al segundo, los hallazgos de Moncín, Las Bardenas Reales y La Labradas no dejan dudas acerca de su extensión occidental. La datación de los hallazgos navarros sitúa su introducción en un momento avanzado del Bronce Medio (1.739-1.623 cal BC), sin que quede claro su continuidad o no hasta el Bronce Tardío, por los problemas estratigráficos aludidos para la Fase II de Monte Aguilar. En Moncín se fecha en las fases III, IIE y IID, con dataciones algo más antiguas en origen (2.200-2.050 cal a. C. para la fase III y 2.050-1.950 cal a. C. para las Fase IIE) pero coincidentes en su extensión temporal hasta bien entrado el Bronce Medio (Fase IID 1.950-1.750) (Harrison, R.J. et alii: 160).

La adopción del estilo cerámico de Protocogotas durante el Bronce Tardío en este grupo coincide cronológicamente con mutaciones de índole territorial y socio-económico, que en la zona mejor estudiada (Bardenas Reales) se traducen en varios aspectos:

- Nuevas necesidades económicas de intensificación de la producción agrícola, plasmado en el desarrollo especializado de la industria lítica, con abundancia de los dientes de hoz (que representan en la Fase II de Monte Aguilar el 84,5% del total de los hallados en el poblado), la proliferación de depósitos en hoyos, muchos de ellos interpretables como silos en su función primigenia (14 en la Fase II de Monte Aguilar y 2 en La Cuesta de la Iglesia A) y la introducción del caballo, probablemente como animal de tiro y/o transporte.

- Evolución del sistema territorial jerarquizado, plasmado en la disminución del número de localizaciones, fraccionamiento de la organización territorial precedente y abandono de las zonas de interior, con ocupación preferente de las tierras más fértiles, junto a la llanura del Ebro, en altozanos claramente destacados. Se inicia así una dinámica que culminará de una forma claramente apreciable con la instauración de los poblados de la vega, del estilo Campos de Urnas. (Sesma, J. y García, M^a L. 149).

- Cambio en los sistemas constructivos. Aunque no se puede generalizar, pues existen excepciones que demuestran la continuidad de las estructuras con basamentos de piedra del Bronce Medio (Cuesta de la Iglesia A), se advierte la introducción de unidades domésticas de construcción más liviana, es decir, fondos de cabaña erigidos mediante barro y madera (Sesma, J. 2004: 622). El caso más claro se da de nuevo en la fase II de Monte Aguilar, donde se exhumó parcialmente una cabaña de planta rectangular con sus ángulos redondeados, que contaba con banco bajo en sus lados largos, suelo de tierra apisonada y un silo al interior. (Fig. 21)

Todo ello viene acompañado por algunas modificaciones en la cultura material. En la cerámica se detecta el aumento de la producción de vasos de acabado tosco, en los que el barro plástico cubriente se convierte en una fina película sin resaltes y aparecen las improntas de cestería en el fondo, proliferan los recipientes de perfil cilíndrico, las cazuelas carenadas de borde abierto y carena alta y las fuentes hondas. En las decoraciones desaparecen los barrocos cordones arboriformes y se dan los sencillos peribucales o a lo más series paralelas horizontales. Se registra un notable desarrollo de la industria ósea y en el metal se marca la desaparición de los cobres y cobres arsenicales, siendo sustituidos completamente por el bronce.

En este contexto se sitúa la introducción de las cerámicas de estilo meseteño, en una cronología temprana (ss. XVII-XVI cal BC) refrendada en la secuencia de Monte Aguilar. Su presencia se prolonga al menos hasta la primera mitad del siglo siguiente, a juzgar por la data de Cuesta de la Iglesia A. Esta cronologías son coincidentes con las obtenidas en la zona riojana: cueva sepulcral de El Tragaluz, 3265±35 BP, 1622-1453 cal B.C. (Rodanés Vicente, J.M^a 1999: 45) y el nivel I de Cueva Lóbrega, 3215±50 BP, 1611-1409 cal BC. (Barrios Gil, I. 2004: 38).

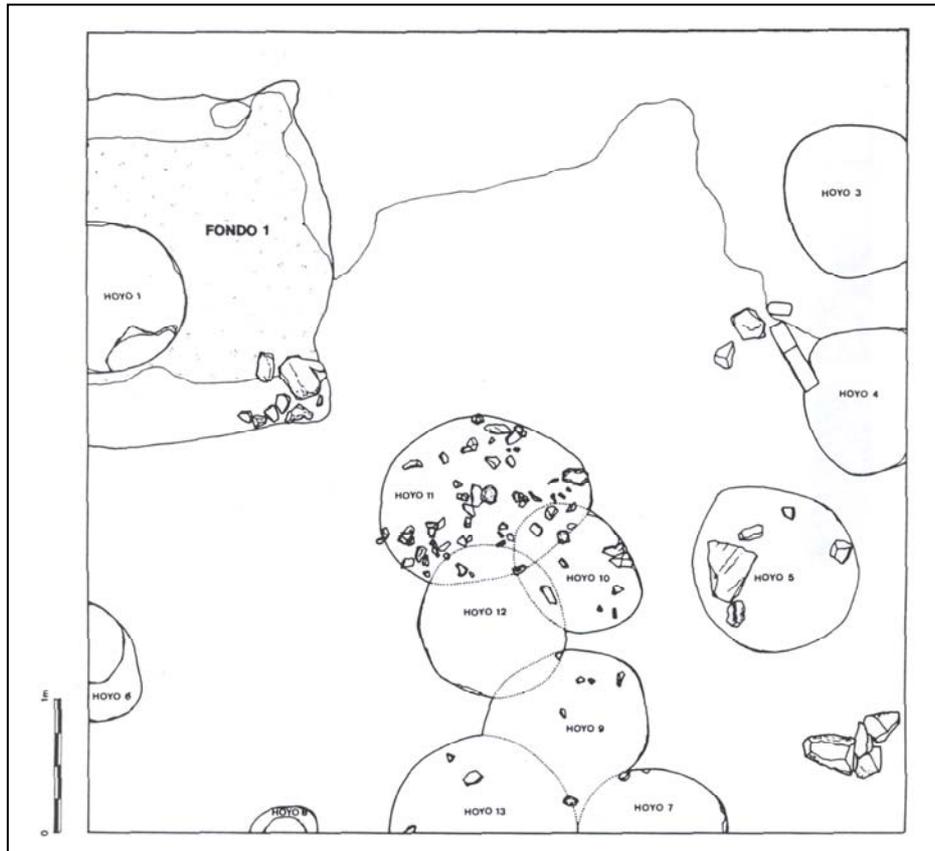


Figura 21. Monte Aguilar. Fondo de cabaña y depósitos en hoyo asociados a la fase II del poblado.

Las técnicas decorativas, motivos y formas cerámicas empleados en Navarra son típicos del horizonte Protocogotas meseteño, aunque bastante más restringidos. Han sido sintetizados por Barrios Gil, I. (2004: 114 y ss), quien destaca algo también apreciable en los ejemplares navarros: su realización en muchos casos mediante impresión y/o incisión esgrafiada. F.J. Abarquero Moras, (2005: 238 y ss.) ha señalado la vinculación de este estilo decorativo con el área oriental de la Meseta y el área alavesa del Alto valle del Ebro, dentro de lo que se ha denominado horizonte Cueva Lóbrega-Berbeia. Se trata de un conjunto de cerámicas dominado por los motivos de zigzags y espigas. Sin

embargo, en ningún caso los motivos y el número de ítems alcanzan en esta zona el número y complejidad observados en otras áreas. Tampoco las formas cerámicas de estilo cogoteño están tan bien representadas, restringiéndose a dos tipos de carenados y con más dudas a platos/fuentes.

Continuando con las técnicas decorativas, hay que señalar que la introducción del boquique y la excisión en la margen izquierda del Ebro medio carece de un contexto arqueológico claro.

El boquique cogoteño (recuérdese que existe boquique de estilo arbolí en Muga Valdecruz, Bardenas Reales) está presente en Monte Aguilar en dos fragmentos, uno de ellos asociado a un típico ajedrezado exciso, si bien todos los hallazgos son de superficie. Idéntica circunstancia se da en otros lugares como Cabezo de la Mesa de Bardenas y de Ablitas, cuyos contextos son además muy pobres. No está representado en la Cuesta de la Iglesia A, poblado de corta vida del que existe un buen repertorio cerámico, por lo que se podría interpretar que todavía no ha irrumpido en una fase avanzada de Protocogotas. Podemos por lo tanto estar tentados de atribuir su adopción a una fase plena de Cogotas I, pero no existe ningún fundamento estratigráfico o de cronología absoluta que lo justifique. En El Bocal de Fontellas y Santa Bárbara de Tudela, en este segundo caso en un contexto de excavación, es segura la convivencia de la técnica de boquique con decoraciones acanaladas y perfiles de bisel interior en el labio, propios de Campos de Urnas Recientes, lo que estaría señalando la continuidad de esta técnica al menos hasta finales del s. XI o la primera mitad del X, si se atiende a lo publicado de la secuencia más completa de la zona, la de El Alto de la Cruz de Cortes (Munilla, G. et alii, 1994/96: 164).

En cuanto a la excisión, los motivos de inspiración meseteña son ajedrezados, tal y como pueden verse en el citado Monte Aguilar y El Bocal de Fontellas. El ejemplar de Ablitas, con un motivo de triángulos, responde al tipo de grandes paneles excisos sobre cazuelas troncónicas de carena alta y borde vertical, con el fondo de la extracción marcadamente descuidado, que resultan característicos de la fase media y avanzada de Cogotas I, como se aprecia en los ya clásicos ejemplares alaveses de Solacueva o La Teja (Ruiz Zapatero, G. 1980: 40). La excisión de Marijuan VI no encaja ni con esta tradición ni con el tipo Redal, característico del Bronce Final local (Álvarez Clavijo, P. y Pérez Arrondo, C.L. 1987). Pese a tratarse de un pequeño fragmento de prospección, resulta francamente peculiar, por lo que nos extenderemos algo más sobre él. Presenta una banda de zigzags definida por trazos impresos, que delimitan las series contrapuestas de triángulos excisos, y sobre ella una nueva alineación de éstos, también con demarcación impresa, que presenta la peculiaridad de que sobre la extracción se aplicó una matriz triangular que regularizó el fondo y lo rehundió en mayor medida. La forma de recipiente poco indica; sólo puede advertirse

que no se trata de un vaso carenado, sino de panza globular y que la decoración se debió de situar en una banda en el máximo saliente de la pieza, aunque no puede asegurarse con total certeza, dado el pequeño tamaño del fragmento. En este contexto, traemos aquí la valoración de algunos vasos, como los de la Cova del Encantats de Serinyá, Cabezo Redondo de Villena y la cueva de El Asno de Los Rábanos, recopilados e incrementados con los hallazgos de la cueva de El Mirador (Moral del Hoyo, S. 2002: 118 y ss.), en los que se ha propuesto la afinidad de estas decoraciones con los grupos de excisas del Bronce Medio-Final del otro lado del Pirineo, tales como Duffaits, San Vérédème, Haguenau, etc., y en particular con el primero de éstos. Esta vinculación se situaría en el marco de determinadas relaciones transpirenaicas, anteriores en varios siglos a los de Campos de Urnas. Relaciones que en Navarra, vía obligada de paso por el occidente pirenaico, depararían la introducción de determinadas tecnologías y útiles metálicos, como la aleación cu-sn y las hachas de rebordes, ampliamente representados en nuestra zona desde mediados de la Edad del Bronce (Delibes, G. et alii. 2000: 117).

La información fidedigna con que se cuenta sobre el mundo funerario durante el Bronce Tardío es muy escasa. Se conocen dos hallazgos de restos humanos muy parciales e inconexos dentro de hoyos (en Monte Aguilar y Cuesta de la Iglesia A), cuya presencia podría obedecer a bioturbaciones, pero que ejemplifican la costumbre de inhumar dentro de los poblados. El único exponente claro del ritual funerario del momento, aunque excepcional por las circunstancias que debieron motivar su uso, es la fosa de La Saga (Cáseda) (Sesma, J.; García, J. y Tabar, M^a L. 2007). Se trata de una sepultura en fosa, acumulativa en origen, que se utilizó para un depósito simultáneo de 13 individuos en el Bronce Tardío, equiparable a la fase II de Monte Aguilar. Se dispone de dos dataciones absolutas.

- Ua-17796: 3330±75 BP 1.774-1.438 cal a.C.
- Ua-17797: 3245±75 BP 1.692-1.387 cal a.C.

El escueto ajuar recuperado, una cazuela con suave carena y borde ligeramente exvasado y pequeños fragmentos de otros recipientes, es coincidente tipológica y cronológicamente con los contextos del Bronce Tardío local. La igualdad en el tratamiento de los inhumados podría explicarse por su condición de enterramiento de urgencia. Pero lo que resulta evidente es que no existe en lo exhumado señal alguna de influencia meseteña. Hoy por hoy la fosa de La Saga es el único dato funerario de las postrimerías de la Edad del Bronce en el sureste navarro y, como hemos dicho, altamente singular. Por lo tanto, resulta imposible extrapolar cualquier interpretación, entre otras, sobre el papel de las cerámicas de estilo cogoteño en los contextos funerarios de esta zona.

- *Navarra media central y occidental*. Se trata de una zona en la que hasta hace 15 años apenas se sabía nada del hábitat al aire libre durante la Edad del Bronce. Ha sido el control durante la ejecución de obras (carreteras, regadíos, explotaciones de graveras, etc.) lo que ha ocasionado la excavación de un buen número de yacimientos de este momento. Sin embargo la práctica totalidad de ellos se encuentran sin publicar o dados a conocer muy sumariamente, por lo que será preciso en los próximos años llevar a cabo una importante labor de estudio de la rica información exhumada.

Con los datos disponibles en la actualidad, no resulta factible establecer una separación entre el Bronce Medio y el Tardío en esta zona, al estilo de lo efectuado para el S.E. de Navarra. Ni en la tipología de yacimientos y estructuras arqueológicas, ni en la cultura material o en las estrategias económicas se aprecian variaciones a lo largo de buena parte del II^o milenio a.C.. Por lo tanto se abordarán conjuntamente, poniendo en su contexto en su caso los hallazgos cerámicos de estilo Cogotas I.

Se tiene información en este momento de 17 lugares de habitación excavados, todos ellos al aire libre y caracterizados por la presencia de un número variable de estructuras de depósitos en hoyo, que llegan, como en Osaleta (Lorca) al centenar. Son los lugares de Aparrea (Biurrun) (Castiella Rodríguez, A. 1997), Paternanbidea (Olza) (García Gazólaz, J. 1998), San Pelayo (Arellano) (Armendáriz Martija, J. 1993-1994), Saratsua (Muruzábal), Larrumberri (Obanos), Inurrieta y Elerdia (Puente la Reina), Osaleta, Puente del Cerrado, Aranzadia y Astaroa (Yerri) (Ramos Aguirre, M. 2006), El Linte (Larraga) (Labé, L.F. y Sánchez, A.C. 1992), Ordóiz (Estella) (Sinués del Val, M. 2003), Ocarin (Allo. Inédito), Los Hocijuelos (Lazagurría. Inédito), Cortecampo II (Ramos Aguirre, M. 2006) y Las Roturas II (Los Arcos. Inédito).

Todos ellos siguen, excepto San Pelayo, el mismo patrón de asentamiento: en rebordes de terrazas fluviales o suaves piedemontes, es decir, superficies más o menos llanas y fácilmente accesibles, próximos a cursos de agua de mayor o menor importancia. No se conoce ni un solo ejemplo de emplazamiento en altura plenamente diferenciado del entorno, al estilo de los vistos en el sureste de Navarra. Las cronologías que ofrecen estos lugares arrancan de la primera mitad del segundo milenio a.C. (Saratsua, 3445±50 BP, 1.887-1.632 cal a.C. al 100%) y se prolongan a lo largo de todo la segunda mitad, con dataciones de contextos domésticos en Paternanbidea (3.430±40 BP, 1.786-1.633 cal a.C. al 76% y 1.878-1.839 cal. a.C. al 14%), San Pelayo (3.270±90 BP, 1.767-1.379 al 99%) y funerarios en Aparrea (3.170±70 BP, 1.613-1.291 cal. a.C. al 99% y 3.080±50 BP, 1.453-1.210 cal. a.C. al 99%) y Cortecampo II (3.025±40 BP, 1.402-1.189 cal. a.C. al 94%). Estas manifestaciones no ocultan otro tipo de evidencias, ya que también se han documentadas sumarias ocupaciones en

cavidades y abrigos (Diablozulo, Nacedero de Riezu, Abrigo del Cantero, etc.), ausentes en el sureste de Navarra

Se conoce poco sobre las estructuras domésticas de los poblados de estas gentes, fuera de los recurrentes depósitos en hoyos. Debieron de ser de porte ligero, a juzgar por la frecuente aparición de pellas de barro de las paredes, con huellas de postes y entramados vegetales, como desechos en el interior de algunos hoyos. En Osaleta se cita la presencia de agujeros de poste que no llegan a definir completamente la planta de dos cabañas circulares (Ramos Aguirre, M. 2006: 137). En San Pelayo (Arellano) se descubrió parcialmente un fondo de cabaña marcado mediante un rebaje en el terreno, provisto de suelo de tierra apisonada (Armendáriz Martija, J. 1993-94). En Ordoiz (Estella) el fondo de la cabaña era de planta ovalada, de 4 x 2 m. y venía definido por tres zanjas perimetrales de cimentación y 25 agujeros de poste distribuidos irregularmente por toda la superficie (Sinués del Val, M. 2003: 256). Más notorio es el caso de Larrumberri, donde se descubrió una gran construcción de unos 100 m² de superficie, de planta rectangular y lados cortos absidales, cuyo perímetro estaba marcado por una zanja corrida en la que irían encastradas alineaciones de postes. La puerta se abría hacia el suroeste y se reforzaba mediante dos potentes postes (Armendáriz Martija, J. 2008: 127) (Fig. 22). De lo expuesto se deduce que no se conoce y probablemente no existan construcciones perdurables en piedra.



Figura 22. Larrumberri (Obanos). Gran estructura de habitación. (Fotografía cortesía de Olcairum, S.L.)

En cuanto a las costumbres funerarias, se documentan contextos variados, que se plasman en la inhumación individual dentro de poblados (en Osaleta, Paternanbidea, Aparrea y Cortecampo), la ocupación de cavidades como panteones colectivos (Nacedero de Riezu, Cueva de los Hombres Verdes, etc.) y la reutilización con fines sepulcrales de antiguos dólmenes, en Aizibita (3.460±50 BP, 1.903-1.661 cal a.C. al 98%) y Morea (3.490±40 BP, 1.918-1.734 cal a.C. al 96%). Ninguno de ellos, salvo Cortecampo, presenta cerámicas decoradas características del Bronce Medio-Tardío (arbolí, cogotas o de otras tradiciones).

Todos estos datos inducen a pensar en un tipo de población con escasa fijación al terreno y nula jerarquización de los hábitats, con un estimable grado de movilidad espacial y diversificación en el aprovechamiento del medio, autosuficientes y con débiles redes de contacto con otros grupos y en lo social escasamente asimétricas. Es en este contexto en el que se registra la presencia de determinadas cerámicas de estilo meseteño. La dispersión geográfica de estas producciones alcanza notable extensión, pues se dilata hasta alcanzar la Cuenca de Pamplona. Sin embargo, en contra de lo que cabría esperar por su situación geográfica, ya que se trata de un área abierta y bien comunicada con zonas geográficas próximas de cierta densidad de hallazgos meseteños, como Álava y La Rioja, resultan escasas las localizaciones con estas cerámicas. La cronología de esta llegada parece más tardía que en el sureste. La única datación disponible y acompañada de un contexto claro se ha obtenido en la sepultura de Cortecampo II (Los Arcos) antes citada, es decir, en un momento de plenitud de Cogotas I.

No existen testimonios claros del estilo arbolí. Tan sólo La Almuza de Sesma ofrece cerámicas decoradas mediante líneas de impresiones y estampillados circulares, pero resulta imposible deslindar la procedencia de los influjos.

Dentro de este panorama de atonía únicamente sobresale el yacimiento de Cortecampo II por la relativa abundancia de cerámica con decoración inciso-impresa y su sepultura individual de tipo cogoteño. Si resulta poco habitual reconocer ajuares que acompañen a las inhumaciones en hoyos en la Edad del Bronce, más lo es identificar un ritual que conlleve el tratamiento del cuerpo con la separación intencionada de la cabeza, la colocación de cerámica de estilo y gran calidad técnica en asociación al inhumado (en este caso la mitad de una ollita colocada bajo el cuerpo) y el depósito organizado de ofrendas animales, especialmente de cánidos sacrificados al efecto (Fig. 23). La excepcionalidad de este hallazgo resalta más ante la parquedad de las inhumaciones de Cogotas I (Esparza Arroyo, A. 1990), si bien en los últimos años se han venido descubriendo nuevos hallazgos, que no hacen sino confirmar la singularidad de

estas manifestaciones (Blasco Bosqued, M^a C. 2004). La única vía para acercarnos a comprender la naturaleza de este yacimiento la hallamos en su emplazamiento estratégico: en el angosto acceso a la cubeta de Los Arcos desde el corredor natural que la comunica con el Ebro, siguiendo el cauce del río Odrón. Se trataría quizás de uno de esos lugares en los que se ha señalado la importancia de las vías de comunicación naturales, en especial la red hidrográfica, para la difusión de los elementos de Cogotas fuera del área nuclear (Abarquero Moras, F.J. 2005: 490).



Figura 23. Recreación de ritual funerario en la fosa sepulcral de Cortecampo II.

El otro caso de presencia de cerámica de Cogotas en un contexto funerario, reuniendo boquique, incisión y excisión, es el del dolmen de Charracadía, si bien más parece tratarse de la reutilización arquitectónica de una construcción en ruina, que propiamente de un depósito sepulcral o votivo, al estilo de los reconocidos en la submeseta norte (Delibes de Castro, G. 2004).

En la zona de Los Arcos, de marcada condición estratégica desde los inicios de la Prehistoria por servir de nexo entre la vega del Ebro y las sierras prepirenaicas del occidente navarro, se ubica también el yacimiento de Las Roturas II. Como se ha señalado, las técnicas decorativas que emplean sus

moradores en un momento incierto del Bronce avanzado (impresión cordada y a peine) son completamente ajenas a Cogotas I. La presencia de decoraciones cordadas es común en los estilos antiguos del campaniforme regional, con ejemplos en el Ebro Medio (Tres Montes, Collado Palomero, La Atalayuela y Moncín) (Rodanés Vicente, J.M^a 1992: 605) y País Vasco atlántico (Amalda II, Pagobakoitza, Gorostiarán Este, Trikuaitzi I y Larrarte) (Alday, A. 1996: 110 y ss). La finura del cordel y la calidad en la impresión de algunos fragmentos de este yacimiento navarro (Fig. 16, especialmente nº 2) recuerdan por su factura a las aludidas producciones campaniformes, sin que de ello quepa deducir mayor afinidad cultural.

Recientemente se ha llamado la atención sobre la presencia de estas decoraciones en distintos contextos del área cantábrico oriental-pirenaico occidental, a raíz de los hallazgos del asentamiento al aire libre de Haltzerreka (Guipúzcoa) (Mujika, J.A. et alii. 2009). Fragmentos con similar sencillez compositiva y tosquedad en la impresión se encuadran en este yacimiento en el Bronce Antiguo (GrN 26668: 3790±80 BP, 2467-2033 cal B.C. y GrN 26670: 3760±60 BP, 2349-2014 cal BC), con paralelos tanto en cuevas (Santimamiñe y Anton Koba) como en monumentos megalíticos (Napalatzza, Otsaarte y Urdanarre). Los ejemplos señalados revisten para nosotros la virtud de resaltar la continuidad de esta técnica de raigambre continental más allá del campaniforme, si bien su cronología resulta discordante con el contexto del hallazgo navarro, del que también se distancian por razones geográficas y de estilo (presencia de motivos de festones, Fig. 16, 3-4). Las Roturas II constituye hasta la fecha un *unicum*, que quizás habría de ponerse en relación con influencias continentales a finales del II^o milenio, muy mal documentadas, pero que han sido repetidamente esgrimidas para explicar el proceso formativo de las comunidades de la Edad del Hierro local (Llanos Ortiz de Landaluze, A. 1990: 170). Es en esta línea de filiación donde consideramos deben situarse los ejemplos arqueológicos, a falta de un estudio más amplio del conjunto y especialmente de su datación radiocarbónica.

3. VALORACIÓN FINAL.

Respecto a las causas y significado de la introducción del estilo cerámico de Protocogotas y Cogotas I en nuestra área geográfica, las primeras interpretaciones sobre el origen de estas producciones alfareras allende el marco meseteño aludían a la movilidad de grupos de pastores trashumantes, que, en su búsqueda de nuevas áreas de pastos, llegarían a sobrepasar la línea del Ebro (Hernández Vera, J.A. 1983: 72). Esta interpretación resulta insostenible en la actualidad para nuestra zona, primeramente por lo que

conllevaría de sustitución de una población plenamente asentada y estructurada espacialmente en el sureste de Navarra, y en segundo lugar, como se ha señalado anteriormente, por la escasa representación de esta forma de hacer cerámica.

La introducción de estos peculiares vasos-decoraciones vino a coincidir en el área del sureste de Navarra con un cambio hacia lo que en su momento dimos en denominar Bronce Medio Evolucionado (Sesma, J. y García, M^a L. 1994). Dicho cambio no fue fruto de factores exógenos, plasmados en un determinado bagaje cerámico, sino que respondió al final de un ciclo expansivo que se había iniciado hacia fines del Bronce Antiguo y que por sus propias circunstancias internas (¿presión sobre el medio, agotamiento de recursos?) obligó a las comunidades a mutar a nuevas formas de organización territorial, económica y quizás social, iniciando el proceso de traslación de los focos de interés hacia las tierras de aluvión, en una dinámica que cristalizaría finalmente con los poblados de Campos de Urnas. Esos ciclos se han reconocido en distintas áreas geográficas del Ebro medio-Sistema Ibérico -Muela de Borja (Harrison, R.J. 1995), la cuenca del río Cinca (Rodanés, J.M^a y, M^a C. 1998), la serranía turolense (Burillo, F. y Picazo, J.V. 1994-1996) o el valle del Huerva (Picazo Millán, J.V. 2005)- y resultan variables en su extensión, cronología y características. Es en las comarcas en expansión, caso del somontano del Moncayo, donde el estilo decorativo meseteño arraigará. En cambio en los territorios en los que el Bronce Tardío supone un momento de recesión, caso de la serranía turolense o el Sureste de Navarra, la cerámica cogoteña se vuelve meramente testimonial, por no decir intrusiva.

Se han propuesto interpretaciones de orden antropológico para explicar el porqué de la aceptación de la cerámica meseteña en contextos tan dispares, que señalan su relación con cambios acaecidos en los hábitos de la ingesta. Las formas abiertas de los recipientes así decorados, particularmente sus cazuelas y fuentes de estilo protocogotas, tendrían que ver con la forma de servir los alimentos, en especial los trozos de carne y otras comidas voluminosas, forma de presentar los alimentos propia de comunidades en las que el consumo de carne de ganado tenía un elevado peso en la dieta (Harrison, R.J. 2007: 77). Su especial aprecio haría que fueran empleadas como servicios de mesa festivos, reservados a las ocasiones importantes (banquetes, ceremonias, etc.) y probablemente como símbolo de ostentación. ¿Pudo ser éste el caso de la sepultura de Cortecampo II o quizás haya que pensar además en un sentido simbólico?

Se ha argumentado cómo la elaboración de la cerámica de estilo Cogotas respondió a un anhelo puramente artístico y estético y que su amplia aceptación a escala peninsular no estuvo vinculada a ninguna otra funcionalidad de tipo

espiritual (Abarquero Moras, F.J. 1997: 85). No resulta difícil entender entonces el atractivo de esta moda cerámica, con formas y decoraciones nuevas, incluso con colores llamativos (recuérdese el papel de la incrustación cromática en las decoraciones de boquique y excisión), en gentes habituadas a los recipientes de mesa totalmente carentes de elementos ornamentales. En estos grupos locales, que se incardinarian dentro del llamado Bronce clásico, la decoración (cordones aplicados a menudo con recargadas composiciones) se reservaba casi exclusivamente a los grandes contenedores de agua y provisiones, a la postre piezas ornamentales prácticamente inamovibles dentro de las unidades domésticas.

Aceptando ambos planteamientos, no contradictorios entre sí, ¿por qué se registran tan relevantes diferencias entre yacimientos y zonas en cuanto a la riqueza de cerámicas de estilo meseteño? Piénsese por ejemplo en la disparidad entre los efectivos hallados en la margen izquierda del Ebro (Monte Aguilar, con 9 recipientes) y la margen derecha (Moncín con 355 recipientes), cuando apenas distan 40 km. Esta situación no reflejaría discrepancias en el estatus de los poblados, como se ha argumentado para los yacimientos de Moncín y Majaladares, pues si bien existen variaciones sustanciales en el número y calidad de los vasos cogoteños entre ambos, el resto de elementos de la cultura material, la arquitectura, los medios de producción, etc. eran significativamente semejantes (Harrison, R.J. 2007: 184-185). Tampoco obedecería a la diferencia en las superficies excavadas ni a razones cronológicas. Desde nuestro punto de vista, esta discordancia se podría explicar al menos por varios factores:

1º- La intensidad en la ocupación de los lugares, que se habrá de medir no sólo en función de la potencia estratigráfica de los yacimientos, sino también de la serie de actividades desarrolladas y de la variabilidad en la cultura material en que esto se traducía. A mayor intensidad en la ocupación, mayor uso de vajilla y por tanto mayor probabilidad de hallazgos cerámicos.

2º- La continuidad de los gustos estéticos: la aceptación de los modelos meseteños alcanza en el Ebro medio sus mayores cotas en los yacimientos en los que existe una secuencia ininterrumpida desde el campaniforme. En cambio en los lugares en los que está presente una facies intermedia del Bronce clásico, es decir, en que la cerámica de mesa sin ornamentar es la tónica dominante, esta nueva tradición alfarera no alcanzará tal aceptación.

3º- La existencia de los ciclos locales y la disimetría en el desarrollo de las comarcas estudiadas, que las sitúa en posición de apertura o cerrazón a la recepción de los principales hitos culturales del momento.

4º- El papel del Ebro como “barrera física” en la circulación, pues en la margen derecha del río, tanto en el valle en si como en sus afluentes, la presencia de las cerámicas cogoteñas es considerablemente menor que en la vertiente opuesta.

Por último quedaría por plantear la cuestión de la procedencia de los recipientes cerámicos. Los estudios petrográficos efectuados sobre cerámica con decoración de estilo Cogotas I han aportado significativa luz sobre la producción y circulación de estos vasos y el uso que se les daba, resultando fundamentales para demostrar o rebatir el carácter exógeno de determinados barros. Se han analizado series de muestras de Monte Aguilar, Cuesta de la Iglesia, Cabezo de la Mesa de Bardenas, Cueva Lóbrega y Moncín. En los cuatro primeros yacimientos se demuestra el origen local de las arcillas, por lo que se trataría de producciones realizadas *in situ* a imitación de los ejemplares meseteños (Olaetxea, C. 2000: 89 y Barrios Gil, I. 2004: 176). En Moncín en cambio la petrología es muy variada y podría estar indicando la presencia de productos importados, cuyo punto de partida se hallaría en la zona oriental de la meseta (Harrison, R.J. et alii 2004: 258, Harrison, R.J. 2007: 186). Sobre la forma de llegada, se habla en este caso de matrimonios, migraciones, transmisión indirecta, etc.

Todo esto lleva a concluir, según se ha venido exponiendo, la complejidad del panorama de la Edad del Bronce local. No existe una unidad cultural que dé cohesión durante largo tiempo a estas tierras y consecuentemente no pueden establecer mecanismos únicos, trasladables de forma acrítica, para explicar la difusión de las novedades en la cultura material, sin contar con el sustrato sobre el que se implantan. Sin duda, habremos de profundizar en el conocimiento de estos grupos, sus características y dinámicas internas, para avanzar en la comprensión de los fenómenos de relación intercultural, que apreciamos tanto en la cerámica como en otras manifestaciones arqueológicas (metalurgia, arquitectura, etc.) a lo largo del IIº milenio a.C.

BIBLIOGRAFÍA.

ABARQUERO MORAS, F.J. (1997). "El significado de la cerámica decorada de Cogotas I". *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 63, pp. 71-96.

ABARQUERO MORAS, F.J. (2005). "Cogotas I. La difusión de un tipo cerámico durante la Edad del Bronce". *Monografías. Arqueología en Castilla y León*, 4.

ALDAY, A. (1996). El entramado campaniforme en el País Vasco. Los datos y el desarrollo del proceso histórico. *Veleia, Anejos Serie Maior*, 9.

ÁLVAREZ CLAVIJO, P. y PÉREZ ARRONDO, C. L. (1987). "La cerámica excisa de la Primera Edad del Hierro en el valle alto y medio del Ebro". *Historia*, 8.

ÁLVAREZ VIDAURRE, E. (2006). "Percepción y reutilización de monumentos megalíticos durante la Prehistoria Reciente: el caso de Navarra". *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 14, pp. 117-150.

APARICIO, J.; GURREA, V. y CLIMENT, S. (1983). Carta arqueológica de La Safor.

ARMENDÁRIZ MARTIJA, J. (1993-1994). "San Pelayo (Arellano, Navarra). Campaña de 1991". *Trabajos de Arqueología Navarra*, 11, pp. 283-285.

ARMENDÁRIZ MARTIJA, J. (2008). De aldeas a ciudades. El poblamiento durante el primer milenio a.C. en Navarra. Pamplona.

BARANDIARÁN, I. y VALLESPÍ, E. (1984). La Prehistoria en Navarra. *Trabajos de Arqueología Navarra*, 2. Pamplona.

BARRIOS GIL, I. (2004). El yacimiento de Cueva Lóbrega (Torrecilla en Cameros, La Rioja). Una visión acerca del Neolítico y la Edad del Bronce en el área occidental del Sistema Ibérico.

BIENES CALVO, J.J. (2002) "Arqueología: de los orígenes al final de la Edad Media" en VV.AA. *1200 Aniversario de Tudela (802 - 2002)*. Urbanismo, 9-56.

BLASCO BOSQUED, M^a C. (1987). El Bronce Medio y Final. *130 años de arqueología madrileña*, pp. 82-107.

BLASCO BOSQUED, M^a C. (2004). "Hacia una definición del horizonte Cogotas I: algo más que un estilo cerámico". En HERNÁNDEZ, L. y HERNÁNDEZ, M.S. (eds.) *La Edad del Bronce en tierras valencianas y zonas limítrofes*, pp. 567-583.

BURILLO, F. y PICAZO, J.V. (1994-1996). El Bronce Medio y la transición al Bronce Tardío en Teruel. Models d'ocupació, transformació i explotació del territori entre el 1600 i el 500 a.n.e. a la Catalunya meridional i zones limítrofes de la depressió de l'Ebre. *Gala*, 3-5, pp. 59-75.

CASTIELLA RODRÍGUEZ, A. (1997). A propósito de un campo de hoyos en la Cuenca de Pamplona. *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 5, 41-80, Pamplona.

DELIBES DE CASTRO, G. (2004). La impronta Cogotas I en los dólmenes del Occidente de la Cuenca del Duero o el mensaje megalítico renovado, *Mainake*, XXVI, 221-231.

DELIBES, G.; ROMERO, F. y ABARQUERO, F.J. (2000). Cerámicas excisas de discutible filiación Cogotas I en el Bronce Tardío de la Península Ibérica. Una taza de "Estilo duffaits" procedente de la Cueva del Asno (Los Rábanos, Soria). *Soria Arqueológica*, 2. Homenaje a Luis Argente Oliver, pp. 97-130.

ESPARZA ARROYO, A. (1990). "Sobre el ritual funerario de Cogotas I". *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, LVI, pp. 106-143.

FERNÁNDEZ POSSE, M^a D. (1986-1987). "La cerámica decorada de Cogotas I". *Zephyrus*, XXXIX-XL, pp. 231-237.

GARCÍA GAZÓLAZ, J. (1998). "Paternanbidea (Ibero, Navarra): un yacimiento al aire libre de la prehistoria reciente de Navarra". *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 6, pp. 33-48.

HARRISON, R.J. (1995). "Bronze Age expansion 1750-1250 BC: The Cogotas I phase in the Middle Ebro Valley". *Veleia*, 12, pp. 67-77.

HARRISON, R.J. (2007). Majaladares (Spain). A Bronze Age village of farmers, hunters and herders. *Internationale Archäologie*, 107.

HARRISON, R.J. y MORENO LÓPEZ, G. (1990). Moncín: una secuencia de la Edad del Bronce (Borja, Zaragoza). *Cuadernos de Estudios Borjanos*, XXIII-XXIV, pp. 11 a 28.

HARRISON, R.J., MORENO, G.C. y LEGGE, A. J. (1994). Moncín: un poblado de la Edad del Bronce (Borja, Zaragoza).

IRIARTE CHIAPUSSO, M^a J. (2001). Un caso paradigmático de antropización del medio vegetal. El poblado de la Edad del Bronce de Puy Águila I (Bardenas Reales, Navarra). *Trabajos de Arqueología Navarra*, 15, pp. 123-136.

JIMENO MARTÍNEZ, A. (1984). Los Tolmos de Caracena (Soria). (Campañas de 1977, 1978 y 1979). Nuevas bases para el estudio de la Edad de Bronce en la zona del Alto Duero. *Excavaciones Arqueológicas en España*, 134.

LABÉ VALENZUELA, L.F. y SÁNCHEZ DELGADO, A.C. (1992). El Linte de Larraga: un campo de hoyas en el Arga medio. *Segundo Congreso General de Historia de Navarra. Príncipe de Viana*, anejo 14, pp. 87-95.

LLANOS ORTIZ DE LANDALUZE, A. "La Edad del Hierro y sus precedentes, en Álava y Navarra". *Munibe (Antropología-Arkeologia)*, 42, pp. 167-179.

MAYA, J. y PETIT, M^a A. (1986). "El Grupo del Nordeste. Un nuevo conjunto de cerámicas con boquique en la Península Ibérica". *Anales de Prehistoria y Arqueología*, 2, pp. 49-71.

MUJICA, J.A.; PEÑALVER, X.; TARRIÑO, A. y TELLERIA, E. (2009). Haltzerreka (Gipuzkoa): Un asentamiento del Bronce Antiguo el aire libre en un medio de montaña. *Kobie (Serie Paleoantropología)*, XXVIII, 89-120.

MORAL DEL HOYO, S. (2002). La cueva de El Mirador. La Edad del Bronce en la Sierra de Atapuerca.

MUNILLA, G.; GRACIA, F. y LÓPEZ, E. (1994-96). La secuencia cronoestratigráfica del Alto de la Cruz (Cortes de Navarra) como base para el estudio de la transición Bronce Final-Hierro en el valle del Ebro. Models d'ocupació, transformació i explotació del territori entre el 1600 i el 500 a.n.e. a la Catalunya meridional i zones limítrofes de la depressió de l'Ebre. *Gala*, 3-5, pp. 153-170.

NARVARTE SANZ, N. (2005). Gestión funeraria dolménica en la cuenca alta y media del Ebro: fases de ocupación y clausuras.

OLAETXEA, C. (2000). La tecnología cerámica en la Protohistoria vasca. *Munibe (Antropología-Arkeologia)*. Suplemento 12.

PICAZO MILLÁN, J.V. (2005). El poblamiento en el Valle Medio del Ebro durante la Prehistoria Reciente: zonas y procesos. *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 15, pp. 97-117.

PICAZO, J.V. y RODANÉS, J.M^a (2002): "Bronce Antiguo y Medio en Aragón". *Caesaraugusta*, 75, pp. 217-272.

RAMOS AGUIRRE, M. (2005). "Arqueología", pp. 79-192. En SESMA, J. (Dir). *Bajo el Camino. Arqueología y mineralogía en la Autovía del Camino*.

RAMOS AGUIRRE, M. (2007). "Cortecampo II (Los Arcos) y Osaleta (Lorca, Valle de Yerri)". VV.AA. *La tierra te sea leve. Arqueología de la muerte en Navarra*, pp. 93-96.

RODANÉS VICENTE, J. M^a (1992). El vaso campaniforme de Mallén (Zaragoza) y su relación con los estilos antiguos del valle del Ebro, pp. 599-617. En UTRILLA, P. (Coord.). *Aragón/Litoral Mediterráneo: Intercambios culturales durante la Prehistoria. En homenaje a Juan Maluquer de Motes*.

RODANÉS VICENTE, J. M^a (1999). Las cuevas de Tragaluz y San Bartolomé (Sierra de Cameros, La Rioja). Los enterramientos en cueva en el valle medio del Ebro.

RODANÉS, J.M^a y RAMÓN, N. (1996). "Cerámica de la Edad del Bronce de la cueva del Moro de Olvena". En UTRILLA, P. y BALDELLOU, V. (Dirs.). *La cueva del Moro de Olvena (Huesca). Vol II*. Bolskan, 13, pp. 39-131.

RODANÉS, J.M^a y SOPENA, M^a C. (1998). *El Tozal de Macarullo (Estiche, Huesca). El Bronce Reciente en el Valle del Cinca*. Tolous, 9.

RUIZ ZAPATERO, G. (1980). "Las cerámicas excisas del valle del Ebro y sus relaciones con el S.W. de Francia". *Oskitania*, 1, pp. 37-64.

SESMA SESMA, J. (2004). "Estructuras de habitación en la Edad del Bronce del Alto valle del Ebro y áreas circundantes. Apuntes sobre su evolución". *La Edad del Bronce en tierras valencianas y zonas limítrofes*, pp. 613-626.

SESMA, J. y GARCÍA, M^a L. (1994). "La ocupación desde el Bronce Antiguo a la Edad Media en las Bardenas Reales de Navarra". *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 2, pp. 89-217.

SESMA, J. y GARCÍA, M^a L. (1995). "Diversidad y complejidad: poblamiento de Navarra en la Edad del Bronce". *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 3, pp. 147-184.

SESMA, J.; GARCÍA, J. y TABAR, M^a I. (2007). "La Saga (Cáseda). Una sepultura colectiva de la Edad del Bronce". VV.AA. *La Tierra te sea leve. Arqueología de la muerte en Navarra*, pp. 89-92.

SINUÉS DEL VAL, M. (2003). "El yacimiento de Ordoiz (Estella)". *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 11, pp. 253-294.

VILASECA, S. (1957-1958). "La cueva de Porta-Lloret en el antiguo término de Siurana. Montes de Prades". *Ampurias*, XIX-XX, pp. 103-122.